Henequén

y la Sombra de la Sangre

Salvador Rangel Abud

HENEQUÉN Y LA SOMBRA DE LA SANGRE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Mérida, 1902. Matías Carrillo tiene ochenta y cuatro años —quizá ochenta y cinco, ya no lleva la cuenta con la misma precisión que aplicó durante medio siglo a los documentos ajenos— y lleva tres días ordenando sus baúles de cedro. Esta mañana encontró el acta que creía haber perdido: la rendición del gobierno de Yucatán ante las fuerzas mayas rebeldes, redactada en 1848 por encargo del gobernador Barbachano, perfectamente construida para un acontecimiento que nunca ocurrió.

Carrillo es notario. Ha sido notario durante toda su vida, lo cual significa que ha redactado los documentos con que Yucatán le fue quitando a los mayas su tierra, su libertad y su futuro, y también los documentos con que los mayas respondieron con cincuenta y cuatro años de guerra. No es un testigo inocente, y lo sabe. Su participación fue técnica. La participación técnica es la más duradera de todas, porque los grandes actores de la historia desaparecen y sus documentos permanecen, y en esos documentos está su letra.

Lo que narra esta novela ocurrió. Casi todo. El resto debió haber ocurrido, y la diferencia entre ambas categorías es más pequeña de lo que cualquier historiador estaría dispuesto a admitir.

Henequén y la Sombra de la Sangre recorre medio siglo de la historia más brutal y menos contada de México: la Guerra de Castas de Yucatán, la efímera República separatista que intentó independizarse de la nación, la fundación de Chan Santa Cruz como capital de un estado indígena soberano que sobrevivió cincuenta años ignorado por todos los mapas, y la llegada del henequén como modernización que repitió los mismos despojos con mejor vocabulario. Todo visto por un hombre que redactó todos los papeles y cobró todos sus honorarios y durmió, durante décadas, razonablemente bien.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene ironía histórica de alta densidad, un narrador que no es de fiar y lo sabe, documentos técnicamente correctos que describen hechos profundamente incorrectos, y una guerra de cincuenta y cuatro años que los libros de historia mexicana resuelven en media página. No contiene héroes. Sí contiene hombres y mujeres que cuando tuvieron poder lo usaron con la misma mezcla de grandeza y mezquindad con que cualquier ser humano usa el poder cuando finalmente lo alcanza. Contiene también una comerciante inglesa de Belice que vendía rifles a los insurgentes y telas a los hacendados y dormía, según dijo con una honestidad todavía admirable, con almohada de plumas.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales, doctorando en el Instituto Nacional de Salud Pública, y escritor aficionado con más de cien novelas publicadas.

En *Henequén y la Sombra de la Sangre* su formación en sistemas de salud pública —que son, en última instancia, sistemas de poder sobre cuerpos y poblaciones— y su mirada médica sobre las consecuencias colectivas de la injusticia institucional confluyen en una novela histórica que no pretende enseñar sino mostrar: cómo un sistema diseñado para extraer puede disfrazarse sucesivamente de colonia, república, guerra, paz y progreso, y seguir siendo, bajo todos esos nombres, el mismo sistema.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Henequén y la Sombra de la Sangre

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica / Crónica irónica / Narrativa de largo aliento

Extensión: ~26,069 palabras

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Península de Yucatán, México, 1845–1902

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la historia oficial de México casi nunca hace: ¿qué pasó en Yucatán durante los cincuenta y cuatro años en que una parte de la península fue, de hecho, un estado maya independiente que los mapas nacionales se negaban a dibujar?

Chan Santa Cruz existió. Cecilio Chi y Jacinto Pat existieron. La República de Yucatán existió. El acta de rendición que el gobernador Barbachano mandó redactar en 1848, cuando las fuerzas rebeldes estaban a dos jornadas de Mérida, muy probablemente existió. Lo que no existió fue el relato que los incluyera a todos sin convertir a unos en víctimas puras y a otros en verdugos puros, porque la historia, cuando se lee de cerca, no funciona así.

Matías Carrillo no existió. Pero hay razones para creer que hombres como él sí existieron, que redactaron los documentos que se redactaron, que cobraron lo que se cobró, y que durmieron con la misma tranquilidad

incómoda con que dormimos todos cuando nuestras obligaciones profesionales y nuestra conciencia personal deciden no hablarse.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Guerra de Castas · Yucatán · Chan Santa Cruz · henequén · notario · historia de México · siglo XIX · novela histórica · ironía · República de Yucatán · mayas · Mérida · independencia · deuda · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre la guerra sino sobre los papeles de la guerra: los contratos, las actas, las declaraciones, las certificaciones que le dieron forma legal a medio siglo de violencia y despojo en la península yucateca. A través de sus doce capítulos y el arco narrativo de Matías Carrillo, *Henequén y la Sombra de la Sangre* explora la complicidad técnica como forma de participación moral —quien redacta el documento no es neutral porque no firma el sable—, la Guerra de Castas como consecuencia inevitable de décadas de despojo institucionalizado antes del primer disparo, Chan Santa Cruz como el estado mexicano que México nunca quiso reconocer porque su existencia ponía en cuestión demasiadas cosas, el henequén como modernización que reemplazó la esclavitud informal por la esclavitud contable, y el archivo personal como monumento involuntario a la propia complicidad. El epílogo, con las mismas palabras del prólogo vistas desde el peso de cincuenta y cuatro años, no es redención ni condena: es la lucidez de un hombre que ordenó sus baúles y encontró que sabía exactamente lo que había hecho.

CITAS DESTACADAS

"Yo no hice la guerra de castas. Yo solo escribí los papeles."

"El papel lo aguanta todo. Esa es su virtud y su vergüenza."

"La participación técnica es la más duradera de todas, porque los grandes actores de la historia desaparecen y sus documentos permanecen."

"Redacté documentos para hacendados criollos que hablaban de civilización mientras mantenían a cientos de hombres atrapados en deudas matemáticamente impagables."

"No soy un testigo inocente. Los testigos inocentes son aquellos que observan sin participar, y yo participé en cada documento que firmé."

"Los dos. Eso es lo más triste."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Henequén y la Sombra de la Sangre* un territorio narrativo cercano, con el anclaje yucateco y el peso moral que le son propios.

Juan Rulfo (*Pedro Páramo*): la voz que narra desde el peso acumulado del pasado, el México profundo que no aparece en las versiones oficiales, la culpa que no se declara sino que se respira en cada frase.

Gabriel García Márquez (*El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*): la ironía como instrumento de denuncia, el humor negro que nace de situaciones concretas y no de chistes, los personajes que cargan el peso de la historia sin dramatizarlo.

Mario Vargas Llosa (*La guerra del fin del mundo*): la novela histórica que toma un conflicto periférico y olvidado y lo convierte en espejo de algo universal; los múltiples puntos de vista que permiten ver la misma guerra desde todos los lados sin que ninguno tenga razón completa.

Jorge Ibargüengoitia (*Los relámpagos de agosto*, *Las muertas*): el sarcasmo como forma de amor a México, la historia nacional vista con ojo clínico que destruye la épica sin destruir la emoción.

Dentro de la obra de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su entrada más sostenida en el territorio de la historia documental: donde otras obras suyas trabajan la ironía en el presente, *Henequén y la Sombra de la Sangre* la proyecta sobre siglo y medio de olvido calculado.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Matías Carrillo insiste en que su participación fue técnica, no moral. ¿Es esa distinción sostenible? ¿Existe la neutralidad profesional cuando el trabajo consiste en dar forma legal a actos de despojo?

El gobernador Barbachano encarga un acta de rendición que nunca se usó. ¿Qué dice ese gesto sobre la relación entre el poder y los documentos que lo sostienen?

Chan Santa Cruz existió durante más de cincuenta años como estado independiente que México se negó a incluir en sus mapas. ¿Qué implica borrar un estado de los mapas? ¿Puede existir algo que los documentos oficiales deciden que no existe?

El henequén llega al final de la novela como modernización: mejores salarios, mejores condiciones, mejor vocabulario. ¿Es suficiente con cambiar el vocabulario del despojo para que deje de serlo?

El anciano del templo le dice a Matías: *"Los dos. Eso es lo más triste."* ¿A qué se refiere? ¿Por qué esa frase es el punto de mayor honestidad moral de toda la novela?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Henequén y la Sombra de la Sangre*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Henequén y la Sombra de la Sangre*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Henequén y la Sombra de la Sangre*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica y —como demuestra esta entrega— la novela histórica con conciencia moral y voz narrativa en primera persona.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Yucatán tuvo, durante medio siglo, una guerra que el centro del país prefirió no ver, un estado indígena que los mapas oficiales decidieron no dibujar, y una paz que llegó en forma de henequén y deuda nueva. Esa historia es parte de México aunque México haya elegido durante mucho tiempo no contarla.

Henequén y la Sombra de la Sangre no pretende ser la versión definitiva de esa historia. Pretende ser la versión que un notario ficticio con caligrafía perfecta y conciencia imperfecta podría haber dejado en sus baúles de cedro: honesta sobre sus límites, clara sobre sus compromisos, incapaz de fingir que quien redacta los papeles del despojo no participa en él.

El acta de rendición que nunca se usó sigue sobre el escritorio de Matías. Describe con precisión lo que estuvo a punto de suceder. Es, de toda su

colección, el único documento verdaderamente honesto: el que narra un futuro que no ocurrió pero que, de haber ocurrido, habría cambiado todo.

Algunos documentos valen más por lo que no consuman que por lo que certifican.

ÍNDICE

PRÓLOGO: ***Yo no hice la guerra de castas. Yo solo escribí los papeles.***

CAPÍTULO 1: ***La paz del que todavía no sabe que debe***

CAPÍTULO 2: ***La República de Yucatán***

CAPÍTULO 3: ***El acta de un hombre que conspiraba por lo que ya era suyo***

CAPÍTULO 4: ***La mañana en que 4 personas vivieron cuatro guerras***

CAPÍTULO 5: ***El terror criollo, o cómo se descubren cimientos de barro***

CAPÍTULO 6: ***Las cartas que nadie contestó***

CAPÍTULO 7: ***El día en que el maíz salvó a la civilización occidental***

CAPÍTULO 8: ***La república que nadie en México aprendió en la escuela***

CAPÍTULO 9: ***Por qué las revoluciones siempre tienen dos enemigos***

CAPÍTULO 10: ***Cuarenta años de guerra que nadie recuerda***

CAPÍTULO 11: ***El henequén. Regreso de la civilización con mejores cadenas***

CAPÍTULO 12: ***La toma de Chan Santa Cruz, o el final que no fue un final***

EPÍLOGO: ***El papel lo aguanta todo, y lo que no, lo aguanta la tierra***

Prólogo

"Yo no hice la guerra de castas. Yo solo escribí los papeles."

Tengo ochenta y cuatro años, o quizá ochenta y cinco. En algún momento de la última década dejé de llevar la cuenta con la misma precisión que apliqué durante medio siglo a los documentos ajenos. Es una ironía menor entre las muchas que adornan mi vejez.

Estoy sentado frente a mi archivo. Así le llamo a los tres baúles de cedro que ocupan la pared norte de esta habitación y que contienen, en orden cronológico imperfecto, el registro de mi vida profesional: contratos, actas notariales, testamentos, poderes, escrituras de deuda, certificaciones de defunción, acuerdos de paz, declaraciones de guerra, y una cantidad sorprendente de documentos que pertenecen a categorías que ningún manual de notariado contempla. Llevo tres días ordenándolos. No porque espere que alguien los consulte después de que yo muera, sino porque el orden es el único vicio que conservo intacto.

Esta mañana encontré el acta que creía haber perdido.

La reconocí antes de desplegarla, por el grosor del papel y por la mancha de tinta azul en la esquina inferior derecha que me dejó un frasco mal tapado en el peor momento posible. Es el acta de rendición del gobierno de Yucatán ante las fuerzas mayas rebeldes. La redacté en abril de 1848, por encargo expreso del gobernador Miguel Barbachano, quien me la solicitó con la urgencia de quien ya no confía en los milagros pero tampoco quiere quedar sin papeles cuando ocurran. Las fuerzas de Cecilio Chi y de Jacinto Pat estaban, según los últimos informes militares que yo mismo había transcrito, a dos jornadas de Mérida. El gobernador me pidió el documento con una discreción que ambos fingimos creer suficiente.

La redacté en una tarde. Cuatro páginas con todos los formulismos del caso, la cesión ordenada de las instituciones, las garantías para la población civil, las condiciones del repliegue militar. Un documento perfectamente construido para un acontecimiento que nunca ocurrió.

La sostuve frente a la ventana esta mañana, contra la luz de las ocho, y estuve un momento largo leyendo mi propia letra de cincuenta y cuatro años atrás. Clara, inclinada hacia la derecha, sin vacilaciones. La letra de un hombre de treinta que no tenía todavía la menor duda de que los documentos son la forma más duradera de la realidad.

Guardé ese papel durante cincuenta y cuatro años. Por si acaso.

Lo que van a leer ocurrió. Casi todo. El resto debió haber ocurrido, y la diferencia entre ambas categorías es más pequeña de lo que cualquier historiador estaría dispuesto a admitir. Yo sé dónde está esa frontera porque la crucé muchas veces en ambas direcciones, y puedo decirles que del otro lado no hay nada particularmente distinto. Los hechos y lo que debió haber sido tienen la misma temperatura cuando los sostienes entre las manos.

No escribo esto para justificarme. Un escribano que necesita justificarse ha elegido la profesión equivocada. Lo escribo porque tres días ordenando baúles me han convencido de que hay una historia aquí que los documentos oficiales cuentan mal, no por malicia, sino porque los documentos oficiales están diseñados para contar exactamente lo que conviene que se cuente. Yo lo sé mejor que nadie. Los redacté.

Mi nombre es Matías Carrillo. Nací en Mérida en 1818, el año en que esta ciudad todavía no sabía bien si era española, mexicana o simplemente yucateca, confusión que en diversas formas nos acompañó durante el resto del siglo. Estudié notariado porque mi padre era notario y porque en aquella época los hijos estudiaban lo que estudiaban sus padres, salvo que tuvieran el talento o la temeridad de hacer otra cosa. Yo no tenía ninguna de las dos. Tenía, en cambio, una caligrafía excepcional y una capacidad para mantener la cara sin expresión mientras escuchaba cosas que habrían hecho palidecer a un hombre de convicciones. Esas dos cualidades resultaron suficientes para una carrera larga.

Recorrí la península durante cuarenta años. Haciendas, pueblos, ciudades, campamentos militares, y en una ocasión que todavía me cuesta trabajo creer completamente, la capital de un estado indígena independiente en medio de la selva oriental que ningún mapa mexicano se dignó incluir durante décadas. Redacté documentos para hacendados criollos que hablaban de civilización mientras mantenían a cientos de hombres atrapados en deudas matemáticamente impagables. Redacté documentos para políticos que cambiaban de bando con la fluidez de quien cambia de sombrero según el clima. Redacté el acta de ejecución de un hombre cuyo único crimen fue conspirar para recuperar lo que era suyo. Redacté tratados de paz que ninguno de los firmantes tenía intención de cumplir. Redacté declaraciones de victoria para guerras que continuaron durante décadas después de la declaración.

Cobré por todo. Eso también quiero dejarlo claro desde el principio.

No soy un testigo inocente. Los testigos inocentes son aquellos que observan sin participar, y yo participé en cada documento que firmé con mi nombre al pie como fedatario. Mi participación era técnica, dirán algunos. Yo digo que la participación técnica es la más duradera de todas, porque los grandes actores de la historia desaparecen con el tiempo y sus documentos permanecen, y en esos documentos está mi letra, mis fórmulas jurídicas, mi tinta. El archivo que tengo frente a mí esta mañana es el registro de todo lo que hice y de todo lo que no dije mientras lo hacía.

La Guerra de Castas de Yucatán comenzó formalmente en julio de 1847, aunque yo podría argumentar, con documentos en mano, que comenzó mucho antes, en cada contrato de deuda que convirtió a un hombre libre en un peón perpetuo, en cada registro de propiedad que trasladó tierras comunales mayas a manos criollas con la bendición de las leyes republicanas, en cada acta notarial que dio forma legal a un despojo. Esos documentos también los redacté yo, o mis colegas, con la misma caligrafía ordenada y los mismos formulismos impecables. El papel lo aguanta todo. Esa es su virtud y su vergüenza.

La guerra duró, según el acta que redacté en 1901 en la ciudad de Chan Santa Cruz recién ocupada por el ejército del general Ignacio Bravo, cincuenta y cuatro años. Según mi propio cálculo, que incluye lo que ocurrió antes y lo que siguió ocurriendo después del acta, no ha terminado todavía. Pero eso es una opinión personal, y las opiniones personales no tienen lugar en los documentos oficiales. Por eso las guardo aquí, en estas páginas que no son un acta ni un contrato ni una declaración, sino algo que no sé muy bien cómo clasificar y que por primera vez en mi vida escribo sin cobrar honorarios.

Diré lo que sé. Diré también lo que intuyo, cuando la intuición sea más honesta que los hechos verificables. Señalaré la diferencia cuando me parezca importante y la omitiré cuando no lo sea. He pasado cincuenta años siendo escrupulosamente neutral en todos los documentos que redacté. Me lo puedo permitir en este último.

La historia que voy a contarles tiene varios protagonistas y ningún héroe. Tiene hacendados convencidos de que su crueldad era progreso, políticos convencidos de que su oportunismo era pragmatismo, sacerdotes convencidos de que su comodidad era pastoral, militares convencidos de que su violencia era orden, y rebeldes convencidos de que su guerra era justicia, lo cual era cierto, aunque la justicia no los eximió de ser, además, hombres con todas las imperfecciones que eso implica. Tiene también una comerciante inglesa de Belice que vendía rifles a los insurgentes y telas a los hacendados y dormía, según me dijo con una honestidad que todavía admiro, con almohada de plumas.

Tiene, sobre todo, mayas. Hombres y mujeres que vivieron durante siglos en un sistema diseñado para extraerles el trabajo, la tierra y la dignidad, que en un momento decidieron que era suficiente, y que construyeron en la selva oriental de esta península algo que los libros de historia mexicana apenas mencionan: un estado propio, con su capital, su gobierno, su religión y sus reglas, que sobrevivió durante más de medio siglo a todos los ejércitos que intentaron destruirlo. No los presento como víctimas, porque no lo fueron solamente. Los presento como lo que fueron: personas que cuando tuvieron poder lo usaron con la misma mezcla de grandeza y mezquindad con que cualquier ser humano usa el poder cuando finalmente lo alcanza.

Afuera de esta ventana, Mérida sigue siendo Mérida. Los henequeneros tienen sus palacios en el Paseo de Montejo. Los mayas tienen sus deudas en la tienda de raya de las nuevas haciendas que se instalaron en los territorios que el ejército les arrebató hace un año. Los políticos tienen sus discursos sobre el progreso de la nación. Y yo tengo mis baúles de cedro y este papel en blanco y una letra que sigue siendo clara, aunque la mano ya no sea lo que era.

El acta de rendición que nunca se usó está sobre mi escritorio. La voy a guardar encima de todo cuando cierre los baúles por última vez. Merece ese lugar. Es el único documento de mi colección que fue redactado con perfecta honestidad: describía exactamente lo que estaba a punto de suceder, y el único problema es que no sucedió, que la historia giró en una dirección que nadie había previsto por una razón que todavía me parece la más extraordinaria de todas las razones con que he visto girar la historia.

Pero eso lo contaré en su momento.

Por ahora basta decir esto: yo no hice la guerra de castas. Yo solo escribí los papeles. Y esa frase, que durante cincuenta años usé como escudo, esta mañana, con ese documento en las manos y la luz de enero entrando por la ventana, ya no me parece tan limpia como solía.

Empecemos.

CAPÍTULO 1

La paz del que todavía no sabe que debe

Yucatán, 1845. Hacienda San Basilio, municipio de Valladolid.

Llegué a la hacienda de Don Leandro del Valle un martes de octubre, a media mañana, con el polvo del camino incrustado en la ropa y una sed que el agua del pozo no alcanzó a remediar del todo. El mayordomo me esperaba en la entrada con la expresión de quien ha cumplido con sus obligaciones y no piensa ir más allá. Me condujo a la oficina de la casa principal sin decir gran cosa, lo cual agradecí. Los mayordomos que hablan demasiado generalmente tienen algo que ocultar, y yo prefería llegar a mis propias conclusiones.

Don Leandro del Valle era un hombre de cuarenta y tantos años, bien alimentado, con las manos de quien nunca ha necesitado usarlas para otra cosa que firmar documentos y señalar lo que otros deben hacer. Me recibió de pie, lo cual interpreté como una cortesía calculada, el gesto del hombre que desea que usted sepa que está siendo tratado con respeto sin que eso implique ninguna obligación adicional. Me ofreció café. Acepté. El café de las haciendas del oriente era entonces, y supongo que sigue siendo, considerablemente mejor que el de Mérida.

—Don Matías —dijo, acomodándose en su silla con la autoridad tranquila de quien no necesita demostrarla—, le agradezco el viaje. Los asuntos de la hacienda requieren atención y prefiero que los documentos queden en orden antes de que termine el año.

Le dije que para eso estaba. Saqué mis plumas, mi tintero, el papel sellado que llevaba en el maletín de cuero que me ha acompañado durante cuarenta años de oficio. Don Leandro juntó las manos sobre el escritorio y comenzó a dictarme lo que necesitaba: renovación de contratos de trabajo, registro de deudas pendientes con la tienda de la hacienda, una carta para su primo en Mérida. Yo escribía. Eso era mi trabajo y lo hacía bien.

La carta para el primo tenía tres páginas. En ella, Don Leandro describía el estado de sus propiedades con la satisfacción del hombre que ha sabido administrar lo que heredó y añadir algo encima. Describía también a sus trabajadores con una benevolencia que me resultó interesante. Los llamaba gente sencilla, laboriosa, agradecida. Decía que el indígena yucateco, bien tratado, era el trabajador más leal que podía desear un propietario. Que el sistema de la hacienda, lejos de ser lo que sus críticos señalaban, constituía en realidad una forma de protección social para una población que de otro modo quedaría desamparada frente a las exigencias de una república que todavía no sabía cómo incorporarlos. Que la deuda, bien entendida, era menos una carga que un vínculo, una forma de pertenencia mutua entre el propietario y su gente.

Escribí todo eso con mi mejor letra. Al pie, como siempre, mi rúbrica de fedatario. Lo que el papel dice, ocurrió. Esa es la convención y yo la respeto.

Guardé en mi memoria, para el cuaderno personal que llevo desde los veinticinco años, una sola frase de las tres páginas: el sistema de deuda es una forma de protección social para el indígena. No añadí comentario. Los comentarios son para los hombres de opiniones, y yo soy un hombre de documentos.

Baltasar Kul-Ha se despertó esa mañana antes del amanecer, como todos los días, con el sonido del patio que empezaba a llenarse de movimiento. Se quedó un momento quieto en el catre, mirando el techo de palma de la choza que compartía con su mujer y sus tres hijos, calculando mentalmente lo que calculaba todas las mañanas desde hacía varios años: cuánto debía.

No era un cálculo difícil en términos aritméticos. Era difícil en términos de lo que significaba el resultado.

La deuda original era de su padre. Treinta y dos pesos que su padre había tomado prestados de la tienda de la hacienda en el año de la sequía, cuando las milpas no dieron y los niños tenían hambre. Treinta y dos pesos por maíz, por frijol, por las medicinas que el niño más pequeño necesitó ese invierno y que de todas formas no alcanzaron. El niño murió y la deuda quedó.

Baltasar heredó la deuda junto con el catre y los dos machetes y el comal de barro. Era lo que había para heredar. Desde entonces había trabajado en la hacienda como había trabajado su padre, de lunes a sábado, con los domingos libres en teoría aunque en la práctica los domingos también tenían sus obligaciones. Había comprado en la tienda de la hacienda lo que necesitaba su familia, que era lo único que podía comprar porque la tienda de la hacienda era lo único que estaba cerca y el mayordomo miraba mal a los peones que intentaban comerciar fuera. Había pagado puntualmente el descuento que le aplicaban a su jornal por concepto de amortización de deuda. Y sin embargo, cada vez que hacía el cálculo, la cifra no bajaba. O bajaba tan despacio que la diferencia entre el año anterior y el año en curso no alcanzaba a verse sin una lupa que él no tenía.

Ese martes de octubre de 1845 la deuda era de cuarenta y un pesos.

Su padre la había dejado en treinta y dos. Él la había estado pagando durante doce años. Y debía nueve pesos más que cuando empezó.

Se levantó del catre sin hacer ruido para no despertar a su mujer, se puso las alpargatas, tomó el machete y salió al patio. El cielo empezaba a aclarar por el oriente con ese color que en Yucatán no existe en ninguna otra parte del mundo, una mezcla de naranja y ocre que dura exactamente el tiempo que tarda uno en decidir si es hermoso o si simplemente es el aviso de que ya llegó otro día de trabajo. Baltasar lo miró un momento y luego agachó la cabeza y fue hacia los corrales.

Escuchó, al pasar frente a la casa principal, el sonido de voces adentro. El escribano había llegado. Cada cierto tiempo llegaba uno, se encerraba con Don Leandro y salía con papeles nuevos que el mayordomo pegaba en el tablero de la entrada. Baltasar no sabía leer, pero conocía de memoria la

forma de los números en esos papeles porque los había aprendido a fuerza de mirarlos y de preguntarle al cura del pueblo qué decían. Los papeles siempre decían lo mismo. Lo que debes, lo que pagas, lo que queda. Una aritmética perfecta que siempre daba el mismo resultado.

Cuarenta y un pesos. Más los que se acumularan antes de que el escribano llegara la próxima vez.

No pensó nada en particular sobre eso. O más bien lo pensó todo, pero tan rápido y tan seguido que ya no distinguía el pensamiento de la costumbre. Siguió hacia los corrales.

Terminé los documentos de Don Leandro al mediodía. Contratos renovados, deudas registradas, carta para el primo en Mérida lista para el correo del jueves. Cuatro horas de trabajo a dos pesos la hora, más el papel sellado, más los gastos del viaje. Don Leandro revisó cada página con la atención del hombre que no firma nada sin leerlo, lo cual, viniendo de un cliente, siempre es señal de inteligencia aunque a veces resulte incómodo. No encontró objeciones. Firmó donde le indiqué. Yo firmé debajo con mi rúbrica de fedatario. Lo que el papel dice, ocurrió.

Antes de irme almorcé en la cocina de la hacienda, por invitación de Don Leandro, quien tenía esa costumbre hospitalaria de los hacendados del oriente que en Mérida ya se estaba perdiendo. El cocinero era un hombre maya de unos cincuenta años que preparó un puchero que habría merecido mejor ocasión que un martes ordinario. Le pregunté su nombre porque tengo por costumbre preguntarlo. Me dijo que se llamaba Tomás.

Mientras comía escuché, a través de la ventana de la cocina, el sonido del patio de la hacienda. Hombres que volvían del campo, mujeres que lavaban en la pila grande, niños que corrían entre las chozas. Una hacienda en funcionamiento, perfectamente ordenada, con cada persona en el lugar que le correspondía según una lógica que llevaba tres siglos refinándose hasta alcanzar la fluidez de lo natural.

Tomé nota mental del número de familias que vivían en el batey. Eran, según los contratos que acababa de renovar, cuarenta y tres. Cuarenta y tres contratos de trabajo con su correspondiente registro de deuda. La deuda total de la hacienda sumaba, según los libros que Don Leandro me había mostrado con orgullo de buen administrador, mil doscientos veinte pesos. Distribuida entre cuarenta y tres familias, daba un promedio de veintiocho pesos por familia. A la tasa de amortización que establecían los contratos, y descontando los nuevos cargos que cada familia acumularía en la tienda durante el año, ninguna de esas familias terminaría de pagar en vida.

No era una opinión. Era una operación aritmética que cualquiera podía hacer con lápiz y papel. La hice en el reverso de un borrador mientras esperaba que el cocinero Tomás me sirviera el café de después del almuerzo.

Guardé el borrador en mi maletín. Cobré mis honorarios. Me despedí de Don Leandro con la cordialidad profesional que corresponde a un cliente puntual y razonable. Monté a caballo y tomé el camino de regreso hacia Valladolid.

A medio camino pasé junto a un grupo de peones que volvía del campo. Uno de ellos, un hombre joven con el machete al hombro, me miró al pasar con una expresión que no era hostilidad ni tampoco su contrario. Era algo más parecido a la indiferencia absoluta, la mirada del hombre que ha visto pasar muchos escribanos y sabe exactamente para qué sirven.

Lo saludé con una inclinación de cabeza. No me contestó.

Seguí mi camino. La tarde olía a tierra mojada y a humo de cocina, ese olor que en la península tiene algo de permanente, como si la tierra misma lo exhalara independientemente de lo que ocurra sobre ella. Pensé, sin querer pensarlo demasiado, en los mil doscientos veinte pesos distribuidos entre cuarenta y tres familias y en la aritmética perfecta que los mantendría exactamente dónde estaban durante el resto de sus vidas y las de sus hijos.

Pensé también en la frase de Don Leandro sobre la protección social y el vínculo de pertenencia mutua.

Luego dejé de pensar en ello, porque un escribano que piensa demasiado en el contenido de los documentos que redacta termina siendo un mal escribano o un hombre muy desdichado, y yo tenía la firme intención de no ser ninguna de las dos cosas.

Esa noche, en la posada de Valladolid, escribí en mi cuaderno personal: La hacienda San Basilio, cuarenta y tres familias, mil doscientos veinte pesos de deuda total. Don Leandro del Valle, propietario, considera que esto es filantropía. Quizá tiene razón. La filantropía siempre ha sido más cómoda para quien la ejerce que para quien la recibe.

No volví a pensar en ello hasta dos años después, cuando la hacienda San Basilio apareció en un informe oficial como una de las propiedades destruidas durante el avance de las fuerzas rebeldes en octubre de 1847.

Para entonces ya tenía otras cosas en qué pensar.

CAPÍTULO 2

La República de Yucatán

Mérida, 1841–1846.

Conocí al Licenciado Prudencio Escalante en los pasillos del Ayuntamiento de Mérida un miércoles de marzo de 1841, tres días después de que el Congreso yucateco votara por segunda vez la separación de México. Mi colega Fuentes me lo presentó con la solemnidad que reservaba para las introducciones que consideraba importantes para su propio futuro.

—Don Matías Carrillo —dijo Fuentes—, el mejor escribano de la ciudad. Don Prudencio Escalante, que no necesita presentación.

Escalante me extendió la mano con la naturalidad del hombre acostumbrado a que lo reconozcan.

—Don Matías —dijo—, entiendo que su pluma no tiene igual en esta ciudad para cierto tipo de documentos delicados.

—Mi pluma no tiene preferencias —le respondí—. Solo tarifas.

Se quedó un momento mirándome con los ojos entrecerrados, calculando si la respuesta era impertinencia o precisión. Luego sonrió con la amplitud del hombre al que acaban de decirle exactamente lo que quería escuchar.

—Perfecto —dijo—. Eso es exactamente lo que necesito. Venga mañana a mi despacho.

Fui al día siguiente. Su despacho estaba en el primer piso de una casa a dos cuadras del Palacio de Gobierno, distancia que Escalante había elegido, supe después, con la deliberación del hombre que entiende que la geografía también es política. Lo suficientemente cerca para que nadie dudara de su importancia. Lo suficientemente lejos para tener una salida si las cosas se complicaban.

Me recibió de pie, con un discurso del Congreso abierto sobre el escritorio y una expresión de concentración que reconocí de inmediato como la de alguien que está a punto de pedirle a otro que haga algo complicado.

—Siéntese, don Matías. Tenemos trabajo.

Me senté. Saqué mis plumas.

—Necesito que redacte una declaración de adhesión a la causa separatista —dijo—. Debe sonar convencida, históricamente fundamentada, y con suficiente vuelo retórico para que pueda leerse en sesión plenaria sin que nadie se duerma.

—Entendido —dije—. ¿Y cuál es su posición actual sobre la separación, licenciado, para que la declaración sea coherente con lo que usted ha sostenido hasta ahora?

Escalante me miró con una pausa que duró exactamente el tiempo necesario para que la pregunta flotara en el aire entre nosotros.

—Esa es una pregunta interesante —dijo finalmente.

—Es una pregunta de escribano —respondí—. Los documentos que contradicen los documentos anteriores del mismo firmante generan problemas legales.

—Don Matías —dijo, con el tono paciente del maestro que explica algo obvio a un alumno inteligente pero todavía inexperto—, en política los documentos no se contradicen. Evolucionan. Hay una diferencia importante.

Anoté eso mentalmente, en el cuaderno que no tiene páginas pero que llevo conmigo desde que empecé el oficio. Era la frase más honesta que había escuchado en una reunión política en años, y la había dicho el hombre menos propenso de la sala a la honestidad.

—Muy bien —dije—. Entonces redactamos una evolución.

—Exactamente —dijo Escalante, y se acomodó en su silla con la satisfacción del hombre que acaba de encontrar al colaborador que necesitaba.

Trabajamos esa tarde durante tres horas. Escalante dictaba caminando, de la ventana al escritorio y del escritorio a la ventana, con la cadencia del orador que lleva décadas convirtiendo el pensamiento en palabras públicas. Yo escribía siguiendo el hilo, interviniendo cuando una construcción no funcionaba o cuando el argumento necesitaba precisión.

—Ponga aquí algo sobre la identidad yucateca —decía—. Algo que suene a raíz, a historia propia, a lo que nos distingue del centro.

—¿Algo como: la soberanía de Yucatán emana de su historia singular y de la voluntad irrenunciable de su pueblo?

—Eso está bien. Pero más poético. Los discursos políticos necesitan poesía en los momentos clave, don Matías. La poesía es lo que hace que la gente aplauda en lugar de pensar.

—¿Prefiere que aplaudan o que piensen?

—Prefiero que aplaudan mientras creen que están pensando —dijo, con perfecta seriedad—. Eso es lo más difícil de lograr y lo más útil cuando se logra.

Lo anoté también. Sin comentario.

Terminamos al anochecer. La declaración tenía cuatro páginas y buen vuelo retórico. Escalante la leyó en voz alta de pie, como si ya estuviera en el Congreso, haciendo pausas en los lugares correctos y modulando la voz con la precisión del instrumento afinado.

—Excelente —dijo al terminar—. Esto es exactamente lo que necesitaba.

—¿Quiere que archive el borrador del discurso que pronunció la semana pasada oponiéndose a la separación? —pregunté—. Por si acaso hace falta consultarlo para mantener coherencia en documentos futuros.

Escalante me miró con una expresión que era a partes iguales diversión y admiración.

—Don Matías —dijo—, usted guarda todo, ¿verdad?

—Todo —confirmé—. Es parte del servicio.

—Bien. Guárdelo. Algún día alguien estudiará mi trayectoria política y necesitará entender cómo evoluciona el pensamiento de un hombre de estado.

Cobré mis honorarios y me fui. Esa noche anoté en mi cuaderno personal: Escalante. Federalista hasta el lunes. Separatista desde el martes. Coleccionar sus documentos puede resultar entretenido con el tiempo.

No me equivoqué.

Durante los años siguientes Escalante fue, en distintas combinaciones, separatista convencido, autonomista pragmático, centralista transitorio y federalista nostálgico, según lo que el momento exigiera. Yo redacté documentos para cada una de sus encarnaciones con la misma neutralidad profesional, guardando copia de todo en el mismo fólder que fui engrosando con la paciencia del archivista que sabe que el valor de una colección se aprecia con el tiempo.

En el año de 1847, cuando la guerra llevaba varios meses y Mérida empezaba a sentir el pánico que se instala en las ciudades cuando lo que parecía lejano adquiere la consistencia de lo real, Escalante me mandó llamar con urgencia a su despacho. Lo encontré de pie frente a la ventana, mirando la calle con la expresión del hombre que está calculando cuánto tiempo le queda antes de que la situación se vuelva irreversible.

—Don Matías —dijo sin voltear—, necesito tres cartas. Las necesito hoy.

—¿A quién van dirigidas?

Se dio la vuelta y me mostró la lista. Isabel II de España. El Presidente Polk de los Estados Unidos. La Reina Victoria de Gran Bretaña.

La estudié un momento.

—Son tres cartas muy distintas —dije—. Los argumentos que convencen a España no son los que convencen a los norteamericanos, y los británicos tienen alergia conocida a los argumentos sentimentales.

—Por eso lo llamé a usted y no a otro —dijo—. Siéntese.

Nos sentamos. Escalante dictaba y yo escribía, corregía y a veces interrumpía.

—Para España —dije en un momento—, está invocando la herencia colonial como argumento de solidaridad.

—Así es.

—¿No le parece que es precisamente esa herencia colonial la que produjo la situación que estamos describiendo?

Escalante me miró con la paciencia infinita del hombre al que le señalan una ironía que ya conoce perfectamente.

—Don Matías —dijo—, la diplomacia no es el lugar para ese tipo de observaciones. La diplomacia es el arte de pedirle a alguien que te ayude sin recordarle por qué te metiste en el problema.

—Entendido —dije, y seguí escribiendo.

Para los norteamericanos usamos la Doctrina Monroe y los intereses comerciales de la región. Para los británicos, las rutas marítimas y el comercio del palo de tinte, en el registro más frío y más preciso de las tres.

—Esta es la mejor de las tres —le dije al terminar la carta británica.

—¿Por qué?

—Porque no les pide que se conmuevan. Solo les señala lo que pierden si no actúan. Con los británicos eso funciona mejor que cualquier argumento moral.

—¿Y cuál cree usted que tendrá resultado?

Lo miré. Era una pregunta inusual en él, que generalmente prefería no interrogar las consecuencias de sus acciones hasta que ya estaban ocurriendo.

—Las tres están bien redactadas —respondí.

—Eso no es lo que le pregunté.

—No —admití—. Pero es lo que puedo responderle con honestidad profesional.

Escalante sostuvo mi mirada un momento, luego soltó una carcajada breve y genuina, la risa del hombre que acaba de recibir exactamente la evasión que esperaba y la encuentra, a su modo, más honesta que cualquier pronóstico.

—Cobre sus honorarios, don Matías —dijo.

Cobré. Las cartas salieron al correo la mañana siguiente.

Las respuestas llegaron en las semanas siguientes con la elegancia puntual de quienes han aprendido a decir no sin que suene a no. España lamentaba profundamente y enviaba sus mejores deseos. Washington guardaba un silencio que un comerciante que había visto el expediente describió, meses después, como un margen escrito a lápiz: Interesante, ver después. Los británicos mandaron una comunicación verbal a través del cónsul en Belice que en esencia significaba que seguirían vendiendo rifles a quien pudiera pagarlos, que en ese momento era el bando contrario al que había pedido ayuda.

Cuando informé los resultados en la reunión de casa del magistrado Fernández, la sala escuchó en silencio los tres resúmenes con esa quietud pesada que precede a las conclusiones que nadie quiere sacar en voz alta.

El licenciado Peón, el más viejo de los presentes, fue el primero en hablar.

—¿Y el Papa? —dijo.

La sala lo miró. Escalante lo miró. Yo miré al techo brevemente.

—Don Matías —dijo Escalante, volteando hacia mí con una gravedad perfectamente fingida—, ¿cuánto cobra por una carta al Sumo Pontífice?

—Las mismas tarifas —respondí—. El destinatario no afecta el precio.

—¿Y cree que Su Santidad mandaría tropas?

—Creo que Su Santidad redactaría una respuesta hermosa —dije—. Con mejor estilo que las tres que ya recibimos.

La sala rio. Fue una risa tensa, la risa de los hombres que han agotado las opciones serias y están a punto de tener que vivir con lo que queda. Escalante rio también, con esa facilidad suya para encontrar el ángulo cómico de las catástrofes que era quizá su única cualidad completamente auténtica.

No escribimos la carta al Papa.

Lo que sí ocurrió en las semanas siguientes fue la única conclusión posible: el gobierno de Yucatán pidió su reincorporación a México. No por patriotismo. Sino porque España, los Estados Unidos y Gran Bretaña habían declinado el honor, y cuando todas las puertas están cerradas la única que queda abierta deja de ser una opción para convertirse en una necesidad.

Años después, me lo encontré en el mercado de Mérida. Estaba bien, robusto, con el aire de prosperidad discreta que tienen los hombres que han sabido sobrevivir a todos los cambios de régimen sin quedar del lado equivocado en ninguno.

—Don Prudencio —le dije—, con tanto documento que le redacté a lo largo de los años, ¿cuál de todas sus convicciones resultó ser la correcta?

Se detuvo. Pareció considerarlo con genuina seriedad, lo cual en él siempre era señal de que la respuesta ya estaba lista.

—Todas —dijo finalmente—. En su momento, cada una fue completamente correcta. El problema es que los momentos cambian y las convicciones tienen que seguirles el paso. Un hombre que no actualiza sus convicciones según las circunstancias es un hombre que prefiere tener razón a sobrevivir.

—¿Y usted siempre prefirió sobrevivir?

—Siempre —dijo, con una sonrisa que era simultáneamente irónica y completamente sincera—. Y aquí estoy.

Nos despedimos con cordialidad. Esa tarde anoté la conversación en mi cuaderno, palabra por palabra, porque hay intercambios que merecen quedar registrados aunque ningún documento oficial los solicite. En cincuenta años de oficio, Prudencio Escalante fue probablemente el hombre más honesto que traté. No porque dijera la verdad, que rara vez la decía, sino porque nunca se mentía a sí mismo sobre lo que estaba haciendo.

En política, eso es una rareza tan notable que casi merece respeto.

Casi.

CAPÍTULO 3

El acta de un hombre que conspiraba por lo que ya era suyo

Valladolid, julio de 1847.

El gobernador Santiago Méndez Ibarra me recibió un lunes por la mañana en su despacho del Palacio de Gobierno con la expresión del hombre que ha tomado una decisión difícil y necesita que alguien le confirme que fue la correcta. Llevaba tres días con el expediente de Manuel Antonio Ay sobre el escritorio y había llegado, según me dijo su secretario en el pasillo, a la misma conclusión cada vez que lo leía.

—Don Matías —dijo Méndez apenas entré—, necesito un acta. Ejecución de sentencia. Para esta tarde.

Me senté frente a él sin prisa. Saqué el papel sellado, las plumas, el tintero.

—¿El condenado? —pregunté.

—Manuel Antonio Ay. Batab de Chichimilá. Conspiración contra el orden público y la autoridad legítima del estado.

Escribí el encabezado con mi mejor letra. Méndez observaba el movimiento de mi pluma con la atención de quien necesita ver que las cosas se están haciendo para creer que son reales.

—¿Desea que el acta especifique los cargos con detalle o con la formulación general? —pregunté.

—Con la formulación general —dijo—. No hace falta entrar en particularidades.

—Como guste. ¿Quiere que incluya la frase aplicación del orden republicano para referirse a la ejecución, o prefiere otro término?

Méndez me miró un momento.

—Aplicación del orden republicano está bien —dijo—. Es exactamente lo que es.

Seguí escribiendo. El único sonido en el despacho era el rasgueo de la pluma sobre el papel y, afuera, el ruido ordinario de la ciudad que no sabía todavía lo que estaba a punto de ocurrir en su plaza principal.

—¿Sabe usted, don Matías —dijo Méndez después de un silencio—, cuántas peticiones había presentado este hombre ante los tribunales?

Levanté la vista del papel.

—No, señor gobernador.

—Doce años de peticiones. Doce años pidiendo que se revisaran los traspasos de tierras comunales de su pueblo. —Hizo una pausa—. No le faltaba persistencia.

—No —convine.

—El problema —continuó, con el tono de alguien que se está explicando a sí mismo más que a su interlocutor— es que la persistencia tiene un límite. Cuando un hombre deja de usar los canales legítimos y empieza a organizar a otros para la violencia, el estado no tiene otra opción.

—Por supuesto —dije, y seguí escribiendo.

—¿Usted qué opina, don Matías?

Levanté la vista por segunda vez. Era la clase de pregunta que los hombres poderosos hacen cuando ya tomaron la decisión y necesitan escuchar que fue la correcta, no cuando genuinamente quieren saber lo que uno piensa. En veinte años de oficio había aprendido a distinguir las dos.

—Opino que el acta quedará muy bien redactada —dije.

Méndez me miró con una expresión que no era exactamente satisfacción pero tampoco era su contrario. Luego asintió levemente y volvió a mirar por la ventana.

Terminé el documento en media hora. Méndez lo firmó sin releerlo, lo cual me dijo que la decisión estaba más consolidada de lo que su conversación sugería. Cobré mis honorarios, guardé el borrador en mi maletín, y salí al pasillo.

El secretario me esperaba afuera con la cara de quien lleva la mañana cargando un peso que no le corresponde.

—¿Quedó todo en orden? —me preguntó en voz baja.

—Todo en orden —dije.

—Que Dios nos ayude —murmuró.

No respondí. Dios, en mi experiencia, raramente interviene en los documentos notariales.

Manuel Antonio Ay llevaba cuatro días en la celda del fondo cuando el guardia Crescencio Tun abrió la puerta esa mañana con el desayuno y la noticia. Tun era un hombre de treinta y tantos años, mestizo, que había llegado al trabajo de guardia por las mismas razones por las que la mayoría de los hombres de su condición llegaban a ese tipo de trabajos: porque no había muchas otras opciones y porque pagaba puntual. No era un hombre cruel ni un hombre especialmente compasivo. Era un hombre que hacía lo que le tocaba con la eficiencia discreta del que sabe que su opinión personal sobre el asunto no cambia nada.

Dejó el tazón de pozol sobre el piso de piedra y se quedó de pie en el umbral.

—Para hoy a las tres —dijo.

Ay levantó la vista desde el catre. Lo miró un momento sin decir nada.

—¿Le avisaron a mi mujer? —preguntó finalmente.

—Le mandaron razón esta mañana —dijo Tun—. Puede venir a verlo antes.

Ay asintió. Tomó el tazón de pozol y bebió despacio, mirando el suelo de piedra con la concentración del hombre que está pensando en algo que no tiene nada que ver con lo que está mirando.

—Doce años —dijo en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

Tun no respondió. No era su trabajo responder ese tipo de cosas y además no sabía qué decir.

—Doce años de papeles —repitió Ay—. Doce años de ir con el escribano, de pagar el papel sellado, de presentar las peticiones en la forma correcta con los argumentos correctos ante el tribunal correcto. —Hizo una pausa—. ¿Sabe cuántos pesos gasté en papel sellado en doce años?

—No —dijo Tun.

—Yo tampoco —dijo Ay—. Dejé de contarlos porque me daba vergüenza.

Tun miró al suelo. Luego miró la pared. Luego volvió a mirar a Ay porque era lo que correspondía.

—¿Quiere que le traiga algo más? —preguntó.

—No —dijo Ay—. Gracias.

Tun cerró la puerta. En el pasillo se quedó un momento quieto con la llave en la mano, escuchando el silencio del otro lado, antes de continuar con su ronda.

La mujer de Ay llegó al mediodía con los dos hijos más pequeños. Tun los dejó pasar y se alejó hasta el extremo del pasillo para darles algo que se pareciera a la privacidad sin dejar de cumplir con su obligación. Desde ahí escuchó, sin poder evitarlo, fragmentos de la conversación en maya que no entendía completamente pero cuyo tono no necesitaba traducción.

Lo que sí entendió, porque Ay lo dijo en español y con una claridad que no parecía destinada a su mujer sino a las paredes de la celda o quizá a algo más grande que las paredes, fue una sola frase:

—Las tierras eran nuestras antes de que existiera la palabra escritura.

Tun apretó la llave en la mano y miró el techo.

Tomás Uk llegó a la plaza de Valladolid antes de que empezara el acto y se colocó en la parte de atrás, cerca de los árboles, en el lugar desde donde podía ver sin ser fácilmente visto. Era batab de un pueblo al norte de Tihosuco y había hecho tres jornadas de camino para estar presente, no porque nadie lo hubiera convocado sino porque consideraba que había cosas que un hombre debía ver con sus propios ojos si quería entenderlas correctamente.

A su lado, sin haberlo planeado, quedó parado un hombre mayor que reconoció como Feliciano Caamal, batab de otro pueblo del oriente con quien había coincidido en dos o tres reuniones de autoridades indígenas a lo largo de los años.

—¿También viniste a ver? —le dijo Caamal en voz baja, en maya.

—Vine a entender —respondió Tomás.

—¿Y qué vas a entender que no entiendas ya?

Tomás no respondió de inmediato. Observó el estrado, los soldados de la milicia con sus uniformes que no terminaban de ser uniformes del todo, las autoridades civiles y eclesiásticas que le daban al evento la apariencia de

solemnidad institucional que ese tipo de actos requiere para distinguirse de los actos simples de violencia.

—Quiero ver la cara del gobernador —dijo finalmente.

—El gobernador no va a venir —dijo Caamal—. Estos actos los firman arriba y los hacen otros abajo.

—Entonces quiero ver la cara de los que lo hacen abajo.

Caamal lo miró de costado.

—¿Para qué?

—Para saber si saben lo que están haciendo —dijo Tomás.

Guardaron silencio cuando sacaron a Ay. Lo vieron caminar hacia el estrado con el paso del hombre que ha decidido que si tiene que recorrer esa distancia la va a recorrer entero. Lo vieron escuchar la lectura del acta de sentencia sin mover la cabeza ni bajar los ojos.

Escucharon el disparo.

Después de un momento Caamal dijo, todavía en voz baja:

—¿Y bien? ¿Viste lo que querías ver?

—Vi lo que necesitaba ver —dijo Tomás.

—¿Que saben lo que hacen?

—Que no les importa saberlo —dijo Tomás—. Que entre saber y no saber hay exactamente la misma distancia.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia su caballo sin prisa, con el paso del hombre que ha terminado un asunto y tiene tres jornadas de regreso para pensar en el siguiente. Caamal lo vio alejarse y luego miró el estrado donde los soldados ya estaban recogiendo sin mucha solemnidad lo que quedaba del acto.

Yo llegué a Valladolid dos horas después, con otro encargo: un testamento urgente para un comerciante que había tenido un susto de salud y quería sus papeles en orden. El posadero me recibió con la cara del hombre que lleva horas esperando a alguien a quien contarle lo que había pasado esa mañana.

—Fusilaron al batab de Chichimilá —me dijo antes de que pudiera preguntar nada.

—Lo sé —dije—. ¿Sabe dónde está el escribano de la ciudad? Necesito copia del acta.

El posadero me miró con una expresión que mezclaba desconcierto y algo que no era exactamente reproche pero se le parecía.

—¿Nada más eso? —dijo.

—Nada más eso —confirmé.

El escribano de Valladolid era un hombre de unos sesenta años que ejercía el oficio con la parsimonia de quien ha visto demasiado para sorprenderse.

Me extendió la copia que pedí, la sellé, la pagué, y conversamos un momento con la neutralidad que el oficio exige entre colegas.

—¿Qué opina usted del asunto? —le pregunté, porque soy incapaz de no preguntar.

Me miró con los ojos del hombre que lleva décadas cultivando la habilidad de no opinar en voz alta sobre nada que pueda meterlo en problemas.

—Los documentos dicen lo que dicen —respondió.

Era la respuesta correcta y ambos lo sabíamos. Me despedí con el respeto que le tengo a cualquier colega que ha sobrevivido tanto tiempo en el oficio sin perder la cabeza ni la cartera.

El acta usaba la expresión aplicación del orden republicano para referirse al fusilamiento. La copié en mi cuaderno personal con la misma letra con que lo copio todo. Debajo escribí, en letra más pequeña y solo para mí: El orden republicano pesó exactamente lo que pesa un hombre muerto.

Luego fui a hacer el testamento del comerciante, cobré mis honorarios, y me quedé dos días más en Valladolid esperando que pasara la tensión que se había instalado en la ciudad, esa tensión particular que tienen las ciudades cuando han hecho algo y están esperando ver si tiene consecuencias.

Tres semanas después, Cecilio Chi atacó Tepich y la guerra empezó en serio.

Guardé el acta de Ay en mi archivo con una nota al margen: detonante. Una palabra que en los documentos oficiales nunca aparece, aunque es la que con más frecuencia explica lo que ocurrió después.

El comerciante del testamento urgente, por si le interesa saberlo, se recuperó completamente del susto de salud. Vivió veinte años más y nunca necesitó el testamento. Me pagó de todas formas, porque era un hombre honrado, y yo lo cobré de todas formas, porque soy un hombre práctico.

Algunas cosas sí resultan como uno espera. Son las menos, pero existen.

CAPÍTULO 4

La mañana en que 4 personas vivieron cuatro guerras

Hacienda San Basilio y alrededores, julio de 1847.

Don Leandro del Valle desayunó esa mañana con apetito, lo cual era su estado habitual y que él interpretaba como señal de buena conciencia. El cocinero Tomás le sirvió los frijoles negros con epazote, los huevos revueltos con chaya y el café cargado que tomaba desde los veinte años sin que ningún médico hubiera logrado convencerlo de que era mala idea.

Después del desayuno se instaló en su escritorio con la carta para su primo en Mérida que llevaba dos semanas postergando. No era hombre de letras

y las cartas le costaban trabajo, pero el primo había preguntado por la situación en el oriente con una insistencia que ya no podía seguir ignorando sin parecer descortés.

Tomó la pluma y empezó.

Escribió la fecha. El saludo. Dos párrafos sobre el estado de la hacienda que salieron solos porque ese era territorio conocido. Luego llegó al asunto de los disturbios y se detuvo un momento, ordenando los pensamientos antes de escribirlos.

—Tomás —llamó hacia la cocina.

El cocinero apareció en el umbral.

—¿Señor?

—¿Ha escuchado usted algo raro en los últimos días? Entre la gente del batey, digo. Rumores, conversaciones.

Tomás lo miró con la expresión que ponía siempre que Don Leandro le hacía preguntas que no eran sobre comida.

—No, señor —dijo.

—Bien —dijo Don Leandro, y volvió a la carta—. Puede retirarse.

Tomás se retiró. Don Leandro escribió: En cuanto a los rumores que circulan sobre la situación en el oriente, puedo decirte que aquí en San Basilio la calma es completa. Mi gente es gente sencilla y leal que no tiene motivos de inquietud porque los hemos tratado siempre con justicia y con la consideración que se merecen. Los problemas de que hablan los periódicos ocurren en haciendas mal administradas, con propietarios que no conocen a su gente ni se han tomado el trabajo de...

Afuera sonó algo.

Don Leandro levantó la pluma. El sonido se repitió, más claro, y esta vez no había manera de confundirlo. Era el sonido de hombres gritando, y debajo de los gritos, un crepitar que tardó tres segundos más en identificar.

Fuego.

Se levantó con el movimiento brusco del que interrumpen en algo importante y salió al corredor. El batey estaba lleno de humo. La bodega del norte ardía con una determinación que sugería que llevaba ardiendo desde hacía más tiempo del que él había tardado en escucharla. Y entre el humo y el movimiento caótico del patio había figuras que se movían de una manera que sus peones no se habían movido nunca en los veinte años que llevaba siendo su propietario.

—¡Tomás! —gritó hacia la cocina.

Nadie respondió.

La carta quedó sobre el escritorio. La pluma, aún con tinta, al lado. La frase sin terminar apuntando hacia un final que Don Leandro había planeado escribir y que ya no importaba.

Baltasar Kul-Ha se había despertado antes del amanecer, que era la hora a la que se despertaba siempre, pero esa mañana no fue a los corrales. Se quedó sentado en el umbral de la choza, mirando el patio oscuro, sin decir nada.

Su mujer lo observó desde adentro un momento antes de hablar.

—¿No vas? —dijo.

—Ahorita voy —dijo Baltasar.

Ella se quedó callada. Conocía ese tono. Era el tono de cuando algo había cambiado y él todavía no estaba listo para decirlo en voz alta.

—¿Los niños saben? —preguntó ella finalmente.

—No —dijo Baltasar—. Y no van a saber hasta que sea necesario.

—¿Y cuándo va a ser necesario?

—Hoy.

Su mujer no respondió. Se levantó, encendió el fogón, y empezó a calentar las tortillas con los movimientos tranquilos de quien ha decidido que si no puede cambiar lo que viene al menos puede asegurarse de que su familia coma antes de que llegue.

Baltasar la observó un momento.

—Llévate a los niños al pueblo de tu hermana cuando empiece —dijo—. No te quedes aquí.

—¿Y tú?

—Yo tengo que estar aquí.

Ella volteo a verlo con los ojos de la mujer que ya hizo la pregunta importante y recibió la única respuesta que había.

—Cuídate —dijo, y volvió a las tortillas.

Cuando el cielo empezó a aclarar por el oriente, Baltasar se levantó, tomó el machete que había guardado detrás del catre, y salió al patio. Otros hombres ya estaban ahí, sin haberse convocado, con la coincidencia de quien llega al mismo lugar porque los trajo la misma razón. Se miraron sin decir mucho. No hacía falta decir mucho.

Caminó hacia la bodega del norte con el machete en la mano y con la deuda de dos generaciones en la cabeza, y lo que hizo después lo hizo sin discurso, sin proclama, sin ninguna de las solemnidades con que la historia suele vestir estos momentos cuando los narra desde lejos.

El Padre Eusebio Montaño llevaba veinte años siendo cura del pueblo de Xkalakdzonot y había desarrollado, como parte de sus habilidades pastorales, la capacidad de despertar ante cualquier sonido inusual. El sonido que lo despertó esa mañana llegó del sur, amortiguado por la distancia pero inequívoco.

Se vistió a tropezones, salió al atrio, y vio el resplandor sobre los árboles.

Entró corriendo de vuelta a la sacristía, donde su acólito, un muchacho de catorce años llamado Refugio, dormía en un catre entre las vestiduras litúrgicas.

—¡Refugio! ¡Levántate!

El muchacho se incorporó sobresaltado.

—¿Qué pasó, padre?

—No sé todavía —dijo el Padre Eusebio, buscando las sandalias que no encontraba—. Hay fuego al sur.

—¿Cuánto fuego?

—Suficiente —dijo el cura, calzándose por fin—. Toca las campanas.

—¿Las de misa o las de alarma? —preguntó Refugio, que era un muchacho práctico y sabía que las dos tenían ritmos distintos.

El Padre Eusebio se detuvo un momento con una sandalia en la mano.

—Toca las de alarma —dijo—. Si me equivoco, le pido perdón a Dios después.

Refugio fue corriendo al campanario. El Padre Eusebio terminó de calzarse y se quedó en el atrio escuchando las campanas que empezaban a sonar sobre el pueblo dormido con esa urgencia que tienen cuando quien las toca tiene prisa y miedo al mismo tiempo.

El sacristán Benito llegó al trote desde su casa vecina, abotonándose la camisa.

—¿Qué pasó, padre?

—Fuego al sur —dijo el Padre Eusebio—. Vaya al ayuntamiento y avise al alcalde.

—¿Y usted?

—Yo me quedo aquí. La iglesia es el punto de reunión cuando hay problemas, Benito, para eso existe además de para las misas.

Benito se fue. El Padre Eusebio se quedó de pie en el atrio con las manos juntas, mirando el resplandor al sur que no se hacía más pequeño sino más grande, y murmuró un Padrenuestro a velocidad de emergencia, no porque creyera que Dios necesitaba ser informado de la situación, sino porque era lo que hacía siempre que las cosas se salían del guion y necesitaba unos segundos para pensar.

Para cuando terminó el Padrenuestro ya sabía que los segundos no iban a ser suficientes.

Yo estaba esa mañana en Valladolid, en la misma posada donde había estado tres semanas antes para el asunto de Manuel Antonio Ay. Había vuelto por un poder notarial para un comerciante que quería dejarle a su hijo la administración de una tienda durante su ausencia. Asunto sencillo, tarifa razonable, una mañana de trabajo.

Me despertó el ruido en la calle. No el ruido normal de una ciudad que empieza el día, sino ese otro ruido que tienen las ciudades cuando algo ha ocurrido y la noticia corre de boca en boca más rápido de lo que las piernas pueden seguirla.

Bajé al comedor. El posadero y dos huéspedes estaban junto a la ventana con la expresión de quien está viendo algo que no esperaba ver.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Tepich —dijo el posadero—. Dicen que los mayas atacaron Tepich anoche.

—¿Quién lo dice?

—Un arriero que llegó hace media hora. Dice que vio el humo desde el camino.

Me senté a desayunar. El posadero me miró como si la decisión de desayunar en ese momento fuera una declaración de principios.

—¿No le preocupa, don Matías?

—Me preocupa —dije—. Pero preocuparme en ayunas no mejora la situación.

Me trajo el desayuno con la cara del hombre que desaprueba mi actitud pero necesita mi dinero. Lo comí con calma, escuchando los rumores que entraban por la puerta cada vez que alguien llegaba con nueva información, todos contradictorios, todos amplificados por el miedo del que los transmitía, todos convergiendo en lo mismo: que algo había empezado en el oriente y que nadie sabía todavía su tamaño.

El comerciante del poder notarial llegó a la hora acordada, pálido y con prisa.

—Don Matías —dijo apenas sentarse—, ¿podemos hacer esto rápido? Me voy hoy a Mérida.

—Podemos hacerlo rápido —dije—. La tarifa de urgencia es el doble.

Me miró un momento.

—Está bien —dijo, sin negociar.

Eso me dijo más sobre la magnitud de lo que estaba ocurriendo que cualquiera de los rumores que circulaban por el comedor. Un hombre que acepta el doble de la tarifa sin negociar es un hombre que ya no está pensando en dinero.

Terminamos en una hora. Firmó, pagué, guardé. Antes de salir me preguntó:

—¿Usted también se va a Mérida, don Matías?

—Voy hacia allá, sí —dije—. Aunque no con la misma prisa.

—¿No le da miedo quedarse?

—Tengo trabajo en el camino —dije—. El miedo es un lujo para los que no tienen agenda.

Me miró con una expresión que no supe si era admiración o lástima. Salió antes que yo.

Esa tarde, camino a Mérida, el camino estaba lleno de familias que huían hacia el norte con lo que podían cargar. Muebles amarrados a las mulas. Ropa y niños. Una mujer con una jaula en la que un loro repetía una frase que desde la distancia no alcancé a entender, con la insistencia de los loros que han aprendido algo y no saben cuándo parar.

Pasé junto a ellos sin detenerme. A lo lejos, sobre los árboles del oriente, una columna de humo negro y espeso subía recta hacia el cielo sin viento. No sé con certeza de qué hacienda era.

Saqué mi cuaderno y anoté mientras cabalgaba, con la letra menos cuidadosa que la situación permitía: Hoy empezó algo. Habrá trabajo.

No era cinismo. Era simplemente la constatación del hombre que ha pasado la vida siguiendo los eventos desde los documentos que generan y que sabe, por experiencia, que los eventos grandes producen primero el caos y después, inevitablemente, el papeleo. Todo termina en papeles. Las guerras, los levantamientos, las catástrofes de cualquier tipo. El mundo cambia de forma y de nombre pero la necesidad de que alguien lo escriba no cambia nunca.

Me pregunté, brevemente, qué había sido de Don Leandro y de su carta a medias.

Luego dejé de preguntármelo, porque el camino era largo y el siguiente encargo ya estaba esperando, y porque hay preguntas que la distancia no puede responder y que no mejoran con el tiempo que uno les dedica.

El loro seguía repitiendo su frase. El humo seguía subiendo.

El mundo seguía necesitando escribanos.

CAPÍTULO 5

El terror criollo, o cómo se descubren cimientos de barro

Oriente de Yucatán y Mérida, agosto–diciembre de 1847.

Doña Beatriz de la Cueva había enviudado a los treinta y ocho años con la misma eficiencia con que administraba todo lo demás: sin aspavientos y con los papeles en orden. El difunto era un hombre que había heredado la hacienda Buena Vista de su padre sin haber heredado junto con ella ninguna de las habilidades necesarias para administrarla, deficiencia que Doña Beatriz había compensado durante quince años de matrimonio con una paciencia que los que la conocían de cerca consideraban, dependiendo del día, admirable o aterradora.

Cuando la guerra estalló en julio, sus vecinos hacendados empezaron a llegar a su puerta con la urgencia del que viene a buscar consejo y la cara

del que ya tomó la decisión de huir y solo necesita que alguien se la confirme.

El primero fue Don Aurelio Pech, propietario de la hacienda vecina, que llegó una tarde de agosto con su sombrero en la mano y su capataz detrás.

—Doña Beatriz —dijo—, nos vamos a Mérida. La situación no da para más. ¿Usted cuándo sale?

—Yo no salgo —dijo ella.

Don Aurelio la miró como si acabara de decirle que pensaba volar.

—¿Cómo que no sale? ¿Ha escuchado lo que pasó en Tepich? ¿En Valladolid? ¿Sabe lo que le hacen a los propietarios que se quedan?

—Sé lo que le pasa a las haciendas cuyos propietarios se van —dijo Doña Beatriz—. Las queman. Las saquean. Cuando uno vuelve no hay nada que volver a encontrar. Prefiero apostar a quedarme.

—Con todo respeto, señora —dijo el capataz desde atrás, con el tono del hombre que cree que está siendo prudente—, quedarse sola con los peones en estas circunstancias es un riesgo que...

—Yo no estoy sola —lo interrumpió Doña Beatriz—. Estoy con cuarenta y tres familias que han trabajado estas tierras durante generaciones. La pregunta es si tengo razones para creer que van a protegerme o razones para creer que no.

Don Aurelio abrió la boca y la cerró.

—¿Y tiene esas razones? —dijo finalmente.

—Voy a crearlas esta semana —dijo ella—. Buenas tardes, Don Aurelio.

Don Aurelio se fue con su capataz y su sombrero, sacudiendo la cabeza con la expresión del hombre que acaba de presenciar algo que no sabe si calificar como valentía o como suicidio. Doña Beatriz lo vio alejarse desde la ventana y luego llamó a su mayordomo.

—Cirilo —dijo—, necesito que convoque a los jefes de familia del batey. Uno por uno. Empezamos mañana temprano.

—¿Para qué asunto, señora?

—Para cancelar las deudas.

Cirilo la miró con una expresión que combinaba la sorpresa y el vértigo del hombre al que acaban de decirle algo que no tiene categoría en su experiencia previa.

—¿Todas las deudas, señora?

—Todas —dijo Doña Beatriz—. Y quiero que sea usted quien los convoque, no yo. Que vengan sin saber para qué. La sorpresa también es parte del mensaje.

Los recibió uno por uno durante tres días, en su escritorio, sin el mayordomo presente. A cada uno le mostró el libro de la tienda con su

nombre y la cifra correspondiente, y les dijo lo mismo con las palabras que le parecían adecuadas para cada hombre:

—Esto que dice aquí ya no existe. A partir de hoy.

Las reacciones fueron distintas. Algunos la miraron sin decir nada durante un tiempo que Doña Beatriz dejó pasar sin llenarlo. Otros preguntaron por qué. A esos les respondía con una sencillez que no dejaba lugar para interpretaciones equivocadas:

—Porque es lo correcto y porque me conviene que usted lo recuerde.

Uno de ellos, un hombre de apellido Dzul que llevaba veintidós años en la hacienda y cuya deuda era de las más antiguas, la miró un momento largo antes de hablar.

—¿Y si de todas formas viene la gente de Chi? —dijo.

—Eso ya no depende de mí —dijo Doña Beatriz—. Pero lo que ocurra aquí antes de que lleguen sí depende de mí.

Dzul asintió despacio. No dijo nada más. Se levantó, recogió su sombrero del suelo, y salió.

Cuando las fuerzas rebeldes pasaron por los alrededores de Buena Vista en octubre, la hacienda no ardió. Doña Beatriz nunca habló de eso con nadie. Consideraba que las victorias que necesitan explicación son victorias a medias.

Esteban Soberanis tenía veintiséis años y trabajaba como redactor en El Constitucional, el periódico liberal de Mérida que en tiempos normales se dedicaba a defender los principios republicanos y publicar los avisos comerciales que pagaban las cuentas. Era un hombre de convicciones genuinas, lo cual en el periodismo de la época era una condición que sus colegas más experimentados consideraban al mismo tiempo admirable y ligeramente inconveniente.

En septiembre, después de que Valladolid cayera y los caminos del oriente se llenaran de refugiados, Soberanis llevó a su editor un artículo de seis páginas sobre las causas estructurales de la rebelión.

El editor, Don Porfirio Zavala, lo leyó completo sin interrumpirlo. Era un hombre de cincuenta años que había sobrevivido a varios cambios de gobierno aprendiendo exactamente cuándo ser valiente y cuándo ser prudente, y que consideraba esa habilidad su contribución más duradera al periodismo yucateco.

—Está bien escrito —dijo al terminar.

—Gracias —dijo Soberanis.

—No lo puedo publicar.

—¿Por qué?

Don Porfirio dejó las páginas sobre el escritorio con la paciencia del hombre que está a punto de tener una conversación que ya tuvo muchas veces con muchos redactores jóvenes.

—Esteban —dijo—, ¿sabe quiénes son los tres principales anunciantes de este periódico?

—Los hermanos Cantón, Don Próspero Ávila y la familia Peón Contreras —dijo Soberanis—. Lo sé.

—¿Y sabe qué tienen en común?

—Son hacendados.

—Son hacendados —confirmó Don Porfirio—. Y usted acaba de escribir seis páginas explicando que los hacendados son la causa principal de la guerra.

—Es que lo son —dijo Soberanis.

—Probablemente —dijo Don Porfirio, con una ecuanimidad que Soberanis encontraba más irritante que cualquier argumento—. Pero un periódico sin anunciantes es un periódico que cierra, y un periódico que cierra no puede defender ningún principio. Así que le propongo esto: escriba el artículo de nuevo. Conserve los hechos, ajuste las conclusiones.

—¿Ajustar las conclusiones significa omitirlas?

—Significa presentarlas con más matices.

—¿Y cuántos matices necesita una deuda hereditaria para no parecer lo que es?

Don Porfirio lo miró con la expresión del maestro que reconoce al alumno inteligente que todavía no ha aprendido que la inteligencia tiene límites prácticos.

—Soberanis —dijo—, dentro de diez años, cuando tenga su propio periódico y sus propios anunciantes, podrá publicar lo que quiera. Por ahora, le pido que publique lo que podemos publicar.

Soberanis recogió sus seis páginas y salió sin responder. En el pasillo se detuvo un momento, considerando la posibilidad de renunciar, y luego siguió caminando porque renunciar también tenía costos y a los veintiséis años los costos pesan diferente.

Publicó el artículo con los matices que Don Porfirio requería. Quedó en tres páginas y decía aproximadamente la mitad de lo que había escrito originalmente. Lo guardó completo en su cuaderno personal, donde fue acumulando, a lo largo de los meses siguientes, todo lo que el periódico no podía publicar.

Años después ese cuaderno se convirtió en otra cosa. Pero esa es una historia que pertenece a otro capítulo.

El Sargento Hilario Trejo llevaba diecisiete años en distintas milicias regionales y había aprendido una verdad que ningún manual militar reconoce pero que cualquier soldado veterano confirma: que la mayoría de

las guerras no las ganan los que tienen razón sino los que tienen suministros.

En agosto de 1847 estaba a cargo de la defensa del pueblo de Dzitás con doce hombres, cuatro rifles funcionales, dos que funcionaban de manera intermitente, y una mula con el carácter más difícil que había encontrado en un animal de carga en toda su carrera.

Su segundo, un joven de apellido Mena que llevaba tres meses en la milicia y todavía creía que las guerras tenían una lógica comprensible, le preguntó una mañana mientras revisaban el inventario de municiones:

—Sargento, ¿cuánto tiempo cree que podemos defender Dzitás con esto?

Trejo contó las balas por tercera vez, por si el resultado había cambiado desde la segunda.

—Depende —dijo.

—¿De qué?

—De cuántos vengan, de por dónde vengan, de qué tan buena puntería tengamos ese día, y de si la mula decide cooperar o no. —Hizo una pausa —. La mula es la variable más impredecible.

Mena lo miró sin saber si estaba bromeando.

—¿Y los refuerzos que pidió al jefe político?

—Los pedí tres veces —dijo Trejo—. Las tres veces me prometieron que venían pronto.

—¿Y?

—Y ya van a ser dos meses. Pronto en política tiene una duración distinta que pronto en el resto del mundo. —Guardó las balas—. Defienda con lo que tiene, Mena. Es el único consejo que funciona siempre.

El ataque a Dzitás llegó en octubre. Trejo lo repelió con posicionamiento inteligente, municiones racionadas y la colaboración de hombres del pueblo que pelearon con la determinación de quien no tiene a dónde ir. Después del ataque escribió un informe de tres páginas solicitando los refuerzos prometidos por cuarta vez. La respuesta llegó dos semanas después prometiendo refuerzos próximos.

—¿Qué dice? —preguntó Mena.

—Que vienen pronto —dijo Trejo, doblando la carta y guardándola con las otras tres.

—¿Y le cree?

—Le creo que lo escribieron —dijo Trejo—. Lo de que vengan es otra cosa.

Mena consideró esto un momento.

—Sargento —dijo—, ¿por qué sigue en este trabajo?

Trejo lo miró con la expresión del hombre al que le hacen una pregunta que lleva años sin hacerse a sí mismo porque la respuesta no ha cambiado y la pregunta cansa.

—Porque alguien tiene que defender Dzitás —dijo—. Y ese alguien siempre termina siendo el que no tiene a quién mandarle la tarea.

Yo recorrí el oriente durante esos meses con mi maletín y mis plumas, haciendo el trabajo que la guerra generaba con una productividad que en circunstancias normales habría tomado años. Testamentos urgentes para hombres que no creían tener tiempo de morir en paz. Poderes notariales para propietarios que huían. Actas de traspaso para haciendas que se vendían a precio de pánico.

Los compradores me interesaron especialmente. Eran hombres de ciudad, comerciantes y abogados en su mayoría, que en tiempos normales no habrían puesto un pie en el oriente. Uno de ellos, un tal Molina Solís al que redacté cuatro traspasos en dos semanas, me dijo con una franqueza que agradecí:

—Don Matías, lo que arde hoy vale tres veces más cuando deje de arder. Es una cuestión de paciencia.

—¿Y los que perdieron las haciendas? —pregunté.

—Ellos tuvieron sus años —dijo Molina Solís, sin mala intención aparente, con la serenidad del que constata un hecho—. Ahora les toca a otros.

Lo anoté en mi cuaderno. Era la descripción más honesta del mecanismo que había escuchado desde que empezó la guerra, y la había dado el hombre que más se beneficiaba de él.

En diciembre pasé por Buena Vista. La hacienda estaba en pie, los campos trabajados, el humo de la cocina era el humo ordinario de una cocina que funciona.

Pregunté en el pueblo cómo había sobrevivido cuando las propiedades de alrededor no lo habían hecho.

El arriero al que pregunté se encogió de hombros.

—La señora pagó las deudas —dijo.

—¿Y eso fue suficiente?

El arriero me miró con la expresión del hombre que no entiende por qué la pregunta necesita hacerse.

—Para la gente que tenía esas deudas, sí —dijo.

Seguí mi camino. Algunos hechos se explican solos si uno les da suficiente espacio en el papel y la suficiente honestidad para no añadir lo que no hace falta.

CAPÍTULO 6

Las cartas que nadie contestó

Mérida, enero–abril de 1848.

A principios de enero de 1848 Mérida era una ciudad que había aprendido a convivir con el miedo de la misma manera en que se convive con una enfermedad crónica: sin acostumbrarse del todo, pero organizando la vida cotidiana alrededor de sus exigencias. Los mercados seguían abiertos aunque con menos mercancía. Las iglesias estaban más concurridas que de costumbre, lo cual era previsible: el miedo produce devoción con una eficiencia que ninguna campaña pastoral ha logrado igualar. Las tertulias de los notables continuaban, aunque el único tema era uno solo con variaciones.

Las noticias del oriente llegaban cada día más graves. Las fuerzas de Cecilio Chi y de Jacinto Pat controlaban ya la mayor parte del territorio rural de la península. Valladolid había caído. Las milicias locales habían resultado ser exactamente lo que cualquier observador imparcial habría predicho: insuficientes, mal equipadas, organizadas con la urgencia de quien arma a sus vecinos porque no tiene otra opción.

En ese contexto, el Licenciado Escalante me mandó llamar un martes por la tarde. Llegué a su despacho a las cuatro. Lo encontré de pie frente a su escritorio con la energía nerviosa de los momentos en que la situación ha superado el punto en que la calma es posible pero todavía no ha llegado al punto en que el pánico es inevitable.

Sobre el escritorio había tres hojas en blanco y una lista de nombres.

—Don Matías —dijo—, necesito tres cartas. Las necesito hoy y necesito que estén bien.

Tomé la lista. Isabel II de España. El Presidente Polk de los Estados Unidos. La Reina Victoria de Gran Bretaña.

—Son tres audiencias muy distintas —dije.

—Por eso lo llamé a usted.

Me senté. Él empezó a caminar de la ventana al escritorio, que era su manera de dictar cuando el asunto era importante.

—Para España —dijo—, queremos apelar a los lazos históricos. La herencia común. La responsabilidad de la madre patria con sus hijos americanos en momentos de crisis.

Escribí el encabezado. Luego levanté la pluma.

—Licenciado —dije—, ¿no le parece que invocar la herencia colonial como argumento de solidaridad tiene cierta... complejidad, dado que esa herencia es precisamente lo que produjo la situación que estamos describiendo?

Escalante me miró con la paciencia del hombre al que señalan una ironía que conoce perfectamente.

—Don Matías —dijo—, la diplomacia es el arte de pedirle a alguien que te ayude sin recordarle por qué te metiste en el problema.

—Entendido —dije, y seguí escribiendo.

Trabajamos las tres cartas durante tres horas. Para los norteamericanos usamos la Doctrina Monroe, los intereses comerciales, la estabilidad regional. Para los británicos el tono fue más frío y más preciso: rutas marítimas, comercio del palo de tinte, posición estratégica en el Golfo.

—Esta es la mejor de las tres —le dije al terminar la carta británica.

—¿Por qué?

—Porque no les pide que se conmuevan. Solo les señala lo que pierden si no actúan. Con los británicos eso funciona mejor que cualquier argumento moral.

—¿Y cuál cree que tendrá resultado?

Lo miré. Era la segunda vez que Escalante me hacía esa pregunta en su vida, y las dos veces había algo en su tono que no era el tono habitual del político que ya sabe la respuesta.

—Las tres están bien redactadas —dije.

—Eso no es lo que le pregunté.

—No —admití—. Pero es lo que puedo responderle con honestidad profesional.

Escalante sostuvo mi mirada un momento y luego soltó una carcajada breve, la risa del hombre que recibe la evasión que esperaba y la encuentra más honesta que cualquier pronóstico.

—Cobre sus honorarios, don Matías.

Las cartas salieron al correo la mañana siguiente. Yo guardé mis copias y esperé.

En Madrid, la carta llegó al Ministerio de Estado en febrero. El funcionario que la recibió era un hombre de carrera con veinte años en el servicio exterior y la habilidad de calcular en los primeros dos párrafos cuánto trabajo iba a generar cualquier documento y cuánto de ese trabajo valía la pena hacer. Leyó la carta de Yucatán con atención moderada. España tenía sus propios problemas internos, sus capacidades militares en ultramar eran una fracción de lo que habían sido, y los argumentos sobre la herencia común le produjeron la reacción que siempre le producían: una simpatía abstracta completamente desprovista de consecuencias presupuestales.

Redactó la respuesta esa tarde. Cuatro párrafos. Solidaridad sincera, lamentación profunda, explicación elegante de por qué la intervención directa no era posible, votos por una resolución pronta. Buen estilo. El funcionario sabía su oficio.

En Washington, la carta llegó mientras el gobierno del Presidente Polk estaba concentrado en la guerra con México, que consumía la mayor parte de la atención diplomática disponible. Una carta pidiendo protección militar de una provincia mexicana en rebelión, llegando en medio de una guerra con México, creaba una complejidad geopolítica que requería más análisis

del que el funcionario que la recibió estaba en posición de hacer ese día. Escribió al margen, con lápiz: Interesante. Ver después. La nota quedó en el archivo. Nadie volvió a verla.

En Londres, la Foreign Office recibió la carta con eficiencia postal impecable. El funcionario especialista en asuntos latinoamericanos la leyó con atención particular, porque conocía bien la situación en la península, incluyendo el comercio de armas que los mercaderes de Belice mantenían con las fuerzas rebeldes mayas. Ese conocimiento hacía su posición delicada: responder directamente a la solicitud de ayuda contra la rebelión implicaba reconocer que súbditos británicos financiaban esa misma rebelión. La respuesta llegó a través del cónsul en Belice, verbal, sin documento: la Corona manifestaba su atención a los eventos y su disposición a mantener abiertas las líneas de comunicación comercial.

Lo cual significaba exactamente lo que significaba.

La reunión en casa del magistrado Fernández fue una semana después. Diez o doce notables de Mérida, los que quedaban después de que los más asustados habían optado por instalarse temporalmente en Campeche. La sala tenía esa atmósfera particular de las reuniones donde todos saben lo que va a decirse pero nadie quiere ser el primero en decirlo.

Me dieron la palabra para presentar los resultados. Me puse de pie, abrí mi cuaderno, y leí los tres resúmenes con la voz plana y sin adornos que uso cuando el contenido ya es suficientemente dramático por sí solo y no necesita ayuda de la entonación.

El silencio que siguió duró lo bastante para que todos en la sala terminaran de procesar lo que acababan de escuchar.

Fue el licenciado Carrillo Baqueiro, abogado de setenta años que había sobrevivido a más crisis políticas que cualquiera de los presentes, el primero en hablar.

—Resumen —dijo, con la voz del hombre que necesita escucharse a sí mismo decirlo para creerlo—: España no puede, los norteamericanos no quieren, y los ingleses están vendiendo rifles al otro bando.

—Ese es un resumen preciso —dije.

—¿Y el gobierno central de México? —preguntó alguien desde el fondo.

—El gobierno central de México está en guerra con los Estados Unidos —dijo Escalante, desde su silla junto a la ventana—. Sus recursos militares están en el norte, no aquí.

—¿Entonces estamos solos? —dijo otro.

Nadie respondió. El silencio fue la respuesta.

El magistrado Fernández, que era el anfitrión y sentía que la situación exigía que dijera algo, carraspeó.

—Señores —dijo—, en momentos como este la historia nos enseña que los pueblos encuentran recursos que no sabían que tenían. Que la adversidad forja el carácter de las naciones. Que...

—Con todo respeto, magistrado —lo interrumpió Trujillo, un comerciante que había perdido dos almacenes en el oriente y no estaba de humor para historia—, ¿tiene usted alguna propuesta concreta o solo tiene lecciones de historia?

El magistrado abrió la boca y la cerró.

—Yo tengo una propuesta —dijo el licenciado Peón, el más viejo de los presentes, desde su sillón en la esquina. Había estado callado desde que llegó y todos voltearon hacia él con la expectativa que se le da al hombre que ha callado más tiempo que los demás—. ¿Por qué no le escribimos al Papa?

La sala procesó esto durante tres segundos.

—¿Al Papa —repitió Trujillo.

—Al Sumo Pontífice —confirmó el licenciado Peón, con perfecta seriedad—. Tiene influencia moral sobre las naciones católicas. España es católica. México es católico. Quizá una carta del Papa...

—Don Matías —dijo Escalante, volteando hacia mí con una gravedad perfectamente fingida—, ¿cuánto cobra por una carta al Sumo Pontífice?

—Las mismas tarifas —respondí—. El destinatario no afecta el precio.

—¿Y cree que Su Santidad mandaría tropas?

—Creo —dije, con la misma gravedad— que Su Santidad redactaría una respuesta hermosa. Con mejor estilo que las tres que ya recibimos.

La sala rio. Fue la risa tensa de los hombres que han agotado las opciones serias y están a punto de tener que vivir con lo que queda. Escalante rio también con esa facilidad suya para encontrar el ángulo cómico de las catástrofes, que era quizá su única cualidad completamente auténtica.

—Entonces —dijo Trujillo, cuando la risa se apagó—, ¿cuál es la opción real?

Hubo un silencio diferente al anterior. Este no era el silencio de los que no quieren decirlo. Era el silencio de los que ya lo saben y están esperando que alguien tenga el valor de decirlo primero.

Escalante se levantó de su silla junto a la ventana. Se alisó el saco con el gesto del hombre que se prepara para decir algo que va a quedar registrado.

—La opción real —dijo— es México.

Nadie habló.

—No por patriotismo —continuó Escalante, con una honestidad que quizá solo era posible porque la situación no dejaba margen para otra cosa—. Sino porque cuando uno ha tocado todas las puertas y ninguna se ha

abierto, la única que queda abierta deja de ser una opción para convertirse en una necesidad.

El licenciado Carrillo Baqueiro lo miró desde su silla.

—¿Y usted va a redactar ese documento, Prudencio? —dijo—. Usted, que firmó la declaración de independencia de la República de Yucatán, va a redactar ahora la solicitud de reincorporación a México.

—Yo no voy a redactarlo —dijo Escalante, mirándome—. Don Matías lo va a redactar. Para eso está.

Todos me miraron.

—Las mismas tarifas —dije.

No escribimos la carta al Papa. La solicitud de reincorporación a México la redacté la semana siguiente, en cuatro páginas con todos los formulismos del caso y el tono solemne que los momentos históricos exigen aunque quienes los protagonizan lo estén haciendo a regañadientes.

Tengo la copia en mi archivo. Es formalmente correcta. Lo que no dice, y que anoté en mi cuaderno personal con la precisión que el momento merecía, es que Yucatán regresó a México porque España, los Estados Unidos y Gran Bretaña no quisieron recibirlo, y que esa cadena de rechazos fue, en cierta medida, la que determinó que la guerra de castas fuera un problema mexicano y no un problema imperial.

La historia depende a veces de cartas que no se contestaron. Es una de las cosas que más me ha gustado siempre de mi oficio: que los documentos que faltan dicen, a veces, más que los documentos que existen.

Guardé las tres cartas en el mismo fólder. Las respuestas, debajo. Y debajo de todo, la nota del cuaderno personal.

Completo, el expediente cuenta una historia que ninguno de sus documentos individuales cuenta solo. Eso también es un arte. Quizá el único que he practicado sin cobrar honorarios.

CAPÍTULO 7

El día en que el maíz salvó a la civilización occidental

Mérida y la selva oriental, abril–mayo de 1848.

El gobernador Miguel Barbachano llevaba cuatro días sin dormir bien cuando me mandó llamar al Palacio de Gobierno un miércoles por la mañana. Lo encontré en su despacho con la cara del hombre que ha estado despierto demasiadas noches seguidas pensando en el mismo problema sin llegar a ninguna conclusión que no hubiera tenido ya la noche anterior. Sobre su escritorio había mapas, informes militares, y tres tazas de café vacías que nadie había retirado, lo cual me dijo algo sobre el estado de ánimo general del palacio.

—Don Matías —dijo sin preámbulo—, necesito un documento. Confidencial. Nadie puede saber que lo encargué.

—Entendido —dije, y saqué las plumas.

—Un acta de rendición.

Levanté la vista.

—¿Del gobierno de Yucatán? —pregunté, para asegurarme de que habíamos entendido lo mismo.

—Del gobierno de Yucatán —confirmó Barbachano, con la voz plana del hombre que lleva días acostumbrándose a decir en voz alta algo que hasta hace poco no podía ni pensar—. Ante las fuerzas rebeldes. Con todas las cláusulas que corresponden. Garantías para la población civil, condiciones del repliegue militar, reconocimiento de autoridad. Todo en forma.

—¿Para cuándo lo necesita?

—Para hoy. —Hizo una pausa—. Por si acaso.

Esa última frase me pareció la más honesta que había escuchado en mi vida en un despacho de gobierno. Por si acaso. Sin eufemismos, sin vuelo retórico, sin la formulación solemne que los hombres de poder usan para no decir lo que están diciendo. Solo la verdad desnuda de un hombre que está preparando el documento que espera no necesitar porque si lo necesita significa que todo lo demás ya habrá fallado.

—¿Quiere que especifique los términos o prefiere que deje espacios para negociar? —pregunté.

—Deje espacios —dijo Barbachano—. Si llegamos a ese punto habrá que negociar de todas formas. No hay caso en comprometerse a más de lo necesario con anticipación.

—Tiene usted razón —dije, y empecé a escribir.

Trabajé en silencio durante una hora y media. Barbachano se paseaba por el despacho, se sentaba, se levantaba, miraba por la ventana hacia la plaza, volvía al escritorio y revisaba los mapas aunque era evidente que los mapas no tenían nada nuevo que decirle. Una vez se detuvo detrás de mí y miró lo que escribía por encima de mi hombro.

—¿Cómo va? —dijo.

—Bien —dije—. Aunque debo decirle que es el documento más extraño que he redactado en treinta años de oficio.

—¿Por qué?

—Porque todos los documentos que redacto describen algo que ya ocurrió. Este describe algo que todavía no ha ocurrido y que usted espera que no ocurra. Es una categoría nueva.

Barbachano me miró un momento.

—¿Y hay nombre para esa categoría?

—Yo le llamaría precaución documentada —dije—. Aunque quizá eso es demasiado optimista.

Algo en su cara se aflojó ligeramente, la expresión del hombre al que acaban de dar permiso de encontrar la situación levemente absurda sin que eso implique que deja de ser terrible.

—Termine el documento, don Matías —dijo, y volvió a su silla.

Terminé a mediodía. Cuatro páginas, todos los formulismos, los espacios para negociar donde correspondía. Se lo entregué. Lo leyó despacio, dos veces, con la atención del hombre que quiere entender exactamente lo que está firmando aunque no quiera firmarlo.

—Está bien —dijo—. Guárdelo usted.

—¿Yo?

—Usted —confirmó—. Si lo necesito, sé dónde encontrarlo. Si no lo necesito, quiero que sea el único que sepa que existe.

Guardé el acta en mi maletín, entre los borradores del poder notarial de la semana anterior y las copias del testamento del comerciante de Valladolid. Cobré mis honorarios. Me despedí.

En el pasillo, el secretario de Barbachano me interceptó con la cara del hombre que quiere preguntar algo pero no sabe si tiene derecho.

—Don Matías —dijo en voz baja—, ¿qué le encargó el gobernador?

—Un documento confidencial —dije.

—¿De qué tipo?

—Confidencial —repetí.

Me dejó pasar.

Ix Bolon no tenía nombre oficial en ningún documento del gobierno yucateco porque el gobierno yucateco no reconocía la existencia formal del ejército rebelde como entidad con estructura de mando. Era, según los informes oficiales que yo mismo había transcrito, una horda de sublevados, una turba sin organización, una revuelta. Que esa turba sin organización llevara nueve meses controlando la mitad oriental de la península y hubiera puesto en fuga a tres sucesivos comandantes militares yucatecos era una contradicción que los informes oficiales resolvían con adjetivos más severos y sin cambiar el análisis.

Ix Bolon era comandante de un contingente de doscientos hombres que en esos días de abril avanzaba por el camino real hacia el norte con una velocidad que los informes militares yucatecos describían, en sus versiones más honestas, como alarmante. Llevaba semanas sin dormir más de tres horas seguidas. Comía cuando había oportunidad. Se comunicaba con los otros comandantes por mensajeros que corrían entre los distintos contingentes con la agilidad de hombres que conocen la selva mejor que cualquier mapa.

Esa tarde se detuvo en una aldea a dos jornadas al sur de Mérida para reagrupar y esperar noticias de los contingentes laterales. Mientras esperaba, habló con el anciano que era la autoridad del lugar, un hombre de setenta y tantos años que lo recibió con la calma de quien ha vivido suficiente para no asombrarse de nada.

—¿Cuántos días faltan para las lluvias? —preguntó Ix Bolon.

El anciano miró el cielo con la detenida atención del hombre que lleva siete décadas leyendo ese cielo particular.

—Dos semanas —dijo—. Quizás tres.

—¿Y para sembrar?

—Ya deberían estar sembrando —dijo el anciano—. Los que no han sembrado para cuando lleguen las lluvias no van a comer en diciembre.

Ix Bolon asintió. Eso ya lo sabía. Lo sabía desde antes de ponerse en marcha, desde antes de que la guerra empezara, desde que era niño y su padre le enseñó que el calendario del maíz no negocia con nadie y que los hombres que olvidan eso, cualquiera que sea la razón por la que lo olvidan, terminan pagando la consecuencia en el momento en que no hay nada para comer.

—¿Su gente ya sembró? —preguntó el anciano.

—Mi gente lleva meses sin sembrar —dijo Ix Bolon.

El anciano lo miró con una expresión que no era exactamente juicio pero tampoco era su contrario.

—Entonces tienen un problema —dijo.

Ix Bolon pasó esa noche revisando los informes de los mensajeros y pensando en lo que el anciano había dicho, que no era nada que él no supiera ya pero que dicho en voz alta por alguien que no tenía interés en decírselo para hacerlo sentir bien tenía un peso diferente. Sus hombres eran campesinos. La mayoría tenía familias en los pueblos del oriente. Familias que habían pasado los últimos nueve meses sin el trabajo de quienes normalmente sembraban sus milpas. Si no regresaban antes de las lluvias, no habría cosecha en diciembre. Y sin cosecha no había con qué sostener la guerra el año siguiente, ni el año después de ese, ni ningún año.

A la mañana siguiente convocó a sus comandantes de sección bajo la ceiba más grande de la aldea.

—Vamos a detenernos —dijo.

Hubo un silencio.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó uno de los comandantes, un hombre joven al que llamaban el Gallo por razones que nadie recordaba ya con precisión.

—El tiempo de la siembra —dijo Ix Bolon—. Los hombres que tienen familia en el oriente regresan. Siembran. Cuando esté sembrado, vuelven.

—Mérida está a dos jornadas —dijo el Gallo—. Dos jornadas.

—Lo sé.

—Si nos detenemos ahora…

—Si nos detenemos ahora nuestra gente come en diciembre —dijo Ix Bolon —. Si no nos detenemos y ganamos Mérida pero no hay cosecha, ¿con qué comemos el año que viene? ¿Con el palacio del gobernador?

El Gallo guardó silencio.

—La guerra va a seguir —dijo Ix Bolon—. Pero la gente que no come no puede hacer la guerra. Y la gente que sabe que sus familias no van a comer tampoco puede hacer la guerra de la manera en que hay que hacerla.

Nadie respondió. Ix Bolon miró a cada uno de sus comandantes de la misma manera en que su padre le había enseñado a mirar el cielo: buscando no lo que quería ver sino lo que estaba ahí.

—Regresamos —dijo—. Sembramos. Volvemos.

Los hombres empezaron a dispersarse esa tarde con la practicidad del campesino que tiene una tarea urgente y sabe exactamente qué hacer con ella. No hubo discurso. No hubo ceremonia. Simplemente, en el transcurso de dos días, el ejército que estaba a dos jornadas de Mérida dejó de estar ahí.

Barbachano recibió la noticia el jueves por la mañana a través de un explorador que había visto con sus propios ojos cómo los contingentes rebeldes deshacían el avance. Mandó llamar a su secretario.

—¿Sabe usted qué pasó? —le preguntó.

—Se retiran, señor gobernador —dijo el secretario—. Los informes dicen que se están dispersando hacia el oriente.

—¿Por qué?

—Los exploradores dicen… —el secretario dudó un momento, como si la razón que iba a dar le pareciera demasiado inverosímil para pronunciarla en el Palacio de Gobierno—, los exploradores dicen que es por la siembra, señor gobernador.

Barbachano lo miró.

—¿La siembra?

—La temporada agrícola —confirmó el secretario—. Al parecer sus hombres necesitan regresar a sembrar el maíz.

Hubo un silencio que duró lo que tardó Barbachano en procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Está usted diciéndome —dijo despacio— que el ejército que estaba a punto de tomar Mérida se retiró para sembrar maíz?

—Eso es lo que dicen los informes, señor gobernador.

Barbachano se levantó, fue a la ventana, y miró la plaza durante un tiempo que su secretario no supo cuantificar.

—Convoque un Te Deum —dijo finalmente—. En la catedral. Para el domingo.

—¿Con qué motivo oficial, señor gobernador?

—Acción de gracias —dijo Barbachano—. Por la misericordia divina que protege a Yucatán en sus momentos de mayor peligro.

El secretario anotó la instrucción sin comentario.

Yo me enteré por el secretario mismo, que me buscó esa tarde con la necesidad evidente de contárselo a alguien que pudiera apreciar la dimensión de lo ocurrido.

—Don Matías —dijo—, ¿sabe usted lo que pasó?

—Me imagino que algo notable —dije—, dado que usted tiene esa cara.

Me lo explicó. Lo escuché hasta el final sin interrumpirlo.

—¿Y el gobernador? —pregunté.

—Va a hacer un Te Deum el domingo. Acción de gracias a Dios.

—Claro —dije.

—¿Le parece correcto?

Lo pensé un momento.

—Me parece comprensible —dije—. Cuando uno no entiende la razón real de algo, Dios es siempre una explicación conveniente.

El secretario me miró con una expresión que no supe interpretar del todo.

—¿Y usted entiende la razón real?

—El maíz no espera —dije—. Eso lo entiendo perfectamente.

Me despedí y caminé de regreso a la posada. En el camino abrí el maletín, saqué el acta de rendición, y la miré un momento bajo la luz de la tarde. Cuatro páginas. Todos los formulismos. Los espacios para negociar.

La guardé en el fólder más seguro del maletín, en el fondo, debajo de todo.

Esa noche escribí en mi cuaderno: El orden colonial de la península yucateca fue salvado esta semana por el calendario agrícola maya. Nadie que pueda publicarlo lo va a escribir así. Pero así fue.

Luego añadí una línea más pequeña, solo para mí: Guardé el acta. Por si acaso. La guerra no terminó. Solo hizo una pausa para que la gente comiera.

Tenía razón en las dos cosas. Un Te Deum se celebró el domingo con la solemnidad del caso. Yo redacté el acta. Cobré mis honorarios.

La guerra continuó durante cincuenta y tres años más.

CAPÍTULO 8

La república que nadie en México aprendió en la escuela

Chan Santa Cruz y la selva oriental, 1850–1865.

Llegué a Chan Santa Cruz en el verano de 1855, a lomo de mula, con carta de presentación de un comerciante de Belice cuyo nombre no voy a escribir aquí por razones que el lector inteligente puede deducir solo. El viaje desde la costa había tomado cuatro días por veredas que los mapas oficiales del gobierno yucateco no incluían, porque los mapas oficiales del gobierno yucateco habían decidido, con la elegancia administrativa de quien prefiere no reconocer lo que no puede controlar, que esa parte del territorio simplemente no existía con suficiente formalidad para merecer cartografía.

La ciudad que encontré al final del camino me sorprendió de la manera en que solo te sorprende lo que contradice directamente algo que creías saber. Había imaginado, basándome en los informes militares que yo mismo había transcrito durante años, un campamento rebelde, una concentración de hombres armados en la selva, algo provisional y rudo. Lo que encontré era una ciudad. No grande, no comparable con Mérida, pero ciudad al fin: calles trazadas con cierta lógica, edificios de mampostería, una plaza central, un templo que albergaba a la Cruz Parlante, y una estructura de gobierno que funcionaba con la eficiencia discreta de las instituciones que no necesitan impresionar a nadie porque las únicas personas que saben que existen ya las obedecen.

El hombre que me recibió fue Gaspar Chablé, que era entonces el principal intérprete de los mensajes de la Cruz y cuya reputación había llegado a mis oídos a través de los mismos comerciantes que habían hecho posible el viaje. Era un hombre de unos cuarenta años, delgado, con una quietud en los movimientos que los hombres de poder suelen desarrollar cuando han aprendido que no necesitan demostrar nada.

Me recibió en una habitación sencilla junto al templo. Nos sentamos frente a frente sin mayores ceremonias.

—Me dijeron que viene a hacer documentos —dijo, en un español cuidado con acento maya que le daba a cada palabra el peso de algo elegido con deliberación.

—Vengo a hacer lo que me encarguen —dije—. Soy escribano. Los documentos son mi oficio.

—¿Y quién lo envía?

—Un comerciante que prefiere el anonimato —dije—. Como la mayoría de los comerciantes que operan en esta región.

Chablé me miró con una expresión que no era desconfianza sino evaluación, la mirada del hombre que está decidiendo cuánto puede decirle a alguien que no conoce y cuánto conviene guardar.

—¿Ha estado usted antes en territorio rebelde? —preguntó.

—No —dije—. Pero he redactado suficientes documentos sobre él como para tener una imagen bastante precisa de lo que me iba a encontrar.

—¿Y se parece a lo que imaginaba?

—En algunos aspectos, no —admití—. Me sorprende la organización.

Chablé asintió levemente, con la satisfacción contenida del hombre al que le dicen algo que sabe que es cierto pero al que no le disgusta escucharlo.

—¿Qué esperaba encontrar? —dijo.

—Los informes del gobierno de Mérida describen esto como una horda sin estructura —dije—. He transcrito esos informes durante ocho años. Veo que los informes mienten con más consistencia de lo que pensaba.

Algo en la cara de Chablé cambió ligeramente. No una sonrisa exactamente, pero algo en esa dirección.

—Los informes del gobierno de Mérida —dijo— son documentos útiles para nosotros también.

—¿Los tienen?

—Tenemos personas en Mérida —dijo, con la misma naturalidad con que podría haber dicho tenemos personas en la cocina—. Los informes llegan con cierto retraso, pero llegan.

Anoté eso mentalmente con la letra invisible del cuaderno que no tiene páginas. Era la primera vez en ocho años de guerra que alguien del bando rebelde me decía algo directamente, y lo que me decía era que sabían perfectamente lo que el otro bando creía sobre ellos y que encontraban esa información útil.

—¿Puedo preguntarle algo sobre la Cruz? —dije.

Chablé me miró.

—Puede preguntar —dijo—. No garantizo que responda.

—Los informes que he transcrito, y los que he leído por iniciativa propia, describen el culto de la Cruz Parlante como un fenómeno de manipulación religiosa. Que los mensajes que usted transmite son instrucciones políticas y militares disfrazadas de revelación divina. —Hice una pausa—. ¿Qué tan equivocados están?

Chablé no respondió de inmediato. Se quedó mirando el espacio entre los dos durante un momento que usé para preguntarme si la pregunta había sido demasiado directa para la primera conversación.

—¿Usted cree en Dios, don Matías? —dijo finalmente.

—Respeto a quienes creen —dije—. Es una posición más cómoda.

—La Cruz habla —dijo Chablé, con una sencillez que no admitía discusión—. Lo que dice la Cruz es lo que necesita decirse en cada momento para que la gente pueda seguir resistiendo. A veces eso coincide con lo que los generales necesitan que se diga. A veces no coincide.

—¿Y cuando no coincide?

—Cuando no coincide, la Cruz prevalece —dijo—. Los generales también lo saben.

Lo miré. Era la respuesta más inteligente que había escuchado sobre el tema y la había dado el hombre que tenía más interés en no responder honestamente.

—¿Eso lo hace menos sagrado? —pregunté.

—¿El que sea útil? —dijo Chablé—. No. Los instrumentos que sirven a la gente que los necesita son sagrados precisamente porque sirven. La utilidad no contradice la fe. La confirma.

Guardé eso en el cuaderno mental con la letra más cuidadosa que tengo reservada para las frases que no quiero olvidar. Era la misma lógica que el Licenciado Escalante aplicaba a la política, expresada con una honestidad que Escalante nunca habría tenido el valor de articular tan claramente.

Me quedé en Chan Santa Cruz tres semanas. Redacté los documentos que me encargaron, que eran de naturaleza variada y que guardo en mi archivo sin descripción de contenido por razones que el lector puede deducir. Observé la ciudad con la atención del escribano que sabe que lo que ve tiene más valor que cualquier informe oficial.

Lo que vi fue un estado. Imperfecto, como todos los estados, con sus propias jerarquías y sus propias injusticias y sus propios hombres que usaban el poder con la mezcla habitual de grandeza y mezquindad. Pero estado al fin: con autoridad reconocida, con sistema de resolución de disputas, con mecanismos para alimentar a su gente y sostener su ejército. Un estado que llevaba ocho años existiendo sin que ningún mapa mexicano lo reconociera.

A Abigail Hawthorne la encontré en la posada que hacía las veces de alojamiento para los visitantes externos, un edificio de dos plantas que su dueño había construido con la visión del empresario que sabe que el comercio requiere infraestructura incluso en los lugares que el gobierno oficial prefiere ignorar.

Era una mujer de unos cincuenta años, inglesa, con el acento de alguien que ha pasado más tiempo en el Caribe que en Londres y que ha adoptado de ambos lugares lo que le resultaba útil y descartado el resto. Me la habían descrito como comerciante. Esa era una descripción precisa en el mismo sentido en que describir al océano como agua es preciso: técnicamente correcto y notablemente insuficiente.

—Don Matías Carrillo —dijo cuando nos presentaron, con la familiaridad de quien ya oyó el nombre antes—. El escribano.

—La misma —dije.

—¿La misma qué?

—La descripción es la misma para los dos —dije—. Usted es la comerciante. Yo soy el escribano. Los dos hacemos lo que nos piden mientras haya quien lo pague.

Abigail Hawthorne me miró un momento y luego se rio con la risa franca de la mujer que no necesita disimular que algo le pareció divertido.

—Me lo describieron bien —dijo—. Siéntese, don Matías. Le invito una copa.

Nos sentamos. La copa resultó ser un ron de Belice de calidad superior que agradecí más de lo que era estrictamente profesional.

—Entiendo que usted provee de rifles a las fuerzas de Chan Santa Cruz —dije, porque en esa época todavía tenía la costumbre de ir directo al asunto.

—Entre otras cosas —dijo Abigail, sin el menor signo de incomodidad—. También telas, herramientas, medicinas, sal. El conflicto crea necesidades variadas y yo trato de cubrirlas de manera integral.

—¿Y a los hacendados yucatecos?

—También —dijo—. Ellos necesitan principalmente telas y artículos de importación. Las armas las consiguen por otro lado.

—¿No le genera conflicto abastecer a los dos bandos?

Abigail Hawthorne me miró con la expresión de quien acaba de escuchar una pregunta que le parece genuinamente ingenua viniendo de alguien que no debería serlo.

—Don Matías —dijo—, usted redacta documentos para hacendados y para rebeldes y para políticos que cambian de bando según el viento. ¿Le genera conflicto a usted?

—Mis honorarios son los mismos para todos —dije.

—Los míos también —dijo ella—. El comercio no toma partido. Toma pedidos.

—¿Y cómo duerme? —pregunté.

—Con almohada de plumas —dijo—. ¿Usted?

—Con la conciencia tranquila de quien ha redactado todo en forma —dije.

—Entonces los dos dormimos bien —dijo Abigail, y levantó su copa—. Por los que hacen el trabajo que otros prefieren no hacer.

Bebí. Era un brindis con el que, honestamente, no podía estar en desacuerdo.

Pasamos esa noche y las dos siguientes hablando de cosas que en Mérida nadie habría podido decir en voz alta. Abigail tenía una comprensión de la situación política y militar de la península que habría puesto en vergüenza a la mayoría de los funcionarios yucatecos que yo conocía, y no tenía ningún interés en disimularla. Me habló de los suministros que llegaban desde Belice, de las rutas que usaban, de los precios que cobraban y de los que pagaban. Me habló de los contactos que tenía en Mérida, en Campeche, en la Ciudad de México, y de lo que cada uno de esos contactos le decía sobre las intenciones reales de cada bando.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le pregunté una noche.

—Porque usted ya lo sabe —dijo—. O puede deducirlo. Y porque los hombres que saben guardar información son más útiles que los que no saben nada.

—¿Útiles para quién?

—Para quien los necesite en el momento correcto —dijo, con una sonrisa que no aclaraba nada pero que tampoco pretendía hacerlo—. El mundo es pequeño, don Matías. Los escribanos y los comerciantes tendemos a encontrarnos más de una vez.

Tenía razón. Nos encontramos tres veces más en los años siguientes, en lugares que no habría predicho, en circunstancias que no habría anticipado. Pero eso también pertenece a otros capítulos.

Salí de Chan Santa Cruz una mañana de agosto con mi maletín más lleno de lo que había llegado y con varias certezas que los documentos oficiales nunca me habrían dado. Que existía un estado maya independiente y funcional en el oriente de la península. Que ese estado llevaba ocho años sosteniéndose con una combinación de fe, organización política y comercio con el exterior que ningún informe oficial reconocía. Que la Cruz Parlante era simultáneamente fe genuina e instrumento político, que es exactamente lo que la religión ha sido siempre en la historia y que solo sorprende a quienes no han leído suficientes documentos.

Y que había en el mundo una comerciante inglesa que dormía con almohada de plumas y vendía rifles a ambos bandos y que era, en ese sentido preciso, la persona más honesta que había conocido en toda la guerra.

Anoté eso en mi cuaderno esa noche, en el campamento a medio camino de regreso hacia la costa. Luego añadí, porque la honestidad también tiene sus límites: más honesta no significa mejor. Solo más clara sobre lo que hace y por qué.

Guardé el cuaderno. La mula dormía amarrada al árbol de al lado con su carácter habitual. La selva hacía los sonidos que hace la selva de noche, que son muchos y que después de cuatro días uno aprende a distinguir de los que no son la selva.

Mérida estaba a cuatro días de camino. El siguiente encargo ya estaba esperando.

CAPÍTULO 9

Por qué las revoluciones siempre tienen dos enemigos

Yucatán, 1848–1870.

El tratado entre Jacinto Pat y el gobierno yucateco se firmó en agosto de 1848, en una hacienda a medio camino entre el territorio controlado por los rebeldes y las últimas posiciones yucatecas que todavía funcionaban como gobierno. Me mandaron llamar con tres días de anticipación para que redactara el documento. Era la clase de encargo que en circunstancias normales habría tomado una semana de preparación, pero las circunstancias no eran normales y la semana no existía, de modo que hice en tres días lo que habría hecho en siete y el documento quedó bien de

todas formas porque la urgencia, en mi experiencia, raramente mejora los documentos pero tampoco siempre los arruina.

Llegué a la hacienda la tarde anterior a la firma y me instalé en una habitación del lado poniente que olía a humedad y a tiempo detenido, el olor particular de los lugares que han estado cerrados durante meses porque sus dueños huyeron y nadie los ha ocupado desde entonces. La hacienda había sido abandonada en el estallido del año anterior y había sido elegida para la ocasión precisamente porque no pertenecía claramente a ninguno de los dos bandos, que era la condición mínima para que ambos estuvieran dispuestos a llegar.

Esa noche, mientras revisaba el borrador a la luz de una vela, escuché voces en el corredor. Reconocí la de Escalante, que integraba la delegación yucateca y cuya voz era imposible de confundir con ninguna otra. La otra voz hablaba en un español con acento maya que no identifiqué de inmediato.

Me asomé al corredor con la discreción del hombre que tiene curiosidad profesional y suficiente experiencia para no convertirla en espectáculo.

Escalante estaba hablando con un hombre al que reconocí por la descripción que me habían dado: Jacinto Pat, cacique de Tihosuco, el líder rebelde que había aceptado negociar cuando otros en su movimiento consideraban que negociar era una traición. Era un hombre de unos cincuenta años, alto para los estándares de la región, con la postura del que ha pasado años dando órdenes y ha aprendido que la postura también es una forma de autoridad.

—Los términos están claros —decía Escalante, con el tono de quien está cerrando un asunto—. Reducción de impuestos, reconocimiento de tierras comunales en las zonas acordadas, amnistía para los combatientes que depongan las armas. A cambio, cese al fuego y reconocimiento de la autoridad del gobierno.

—Los términos están claros en el papel —dijo Pat—. Lo que no está claro es quién va a cumplirlos.

—El gobierno de Yucatán se compromete formalmente —dijo Escalante.

—El gobierno de Yucatán se comprometió formalmente con las tierras comunales de Chichimilá durante doce años —dijo Pat—. Manuel Antonio Ay presentó doce años de peticiones. Ya sabe cómo terminó eso.

Hubo un silencio.

—Este es un contexto distinto —dijo Escalante.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que ahora tienen usted y su gente la capacidad de hacer que el incumplimiento tenga consecuencias —dijo Escalante, con la honestidad brutal del negociador que ha decidido que la única manera de cerrar el trato es decir la verdad—. Antes no la tenían. Ahora sí. Eso cambia el cálculo para ambos lados.

Pat lo miró durante un momento que usé para recordarme que estaba en un corredor escuchando una conversación que nadie me había invitado a escuchar.

—¿Y Cecilio Chi? —dijo Pat finalmente.

—Chi no forma parte de esta negociación.

—No. Pero forma parte de la guerra. Y lo que yo firme mañana, Chi no lo va a reconocer.

—Eso es un problema que su movimiento tendrá que resolver internamente —dijo Escalante.

—Es un problema que su tratado no va a resolver —dijo Pat—. Si Chi no acepta los términos, la guerra continúa en el oriente independientemente de lo que yo firme aquí. ¿El gobierno de Yucatán entiende eso?

—El gobierno de Yucatán entiende que un acuerdo con usted es mejor que ningún acuerdo —dijo Escalante—. El resto se negocia después.

Pat asintió con la lentitud del hombre que está aceptando algo que no le satisface del todo porque las alternativas le satisfacen menos.

—Mañana firmamos —dijo—. Pero quiero que quede claro: yo firmo por los míos. No por los de Chi. Y si el gobierno incumple, no voy a poder contener lo que viene después.

—Quedará claro en el documento —dijo Escalante, mirando en mi dirección sin verme todavía—. Para eso tenemos al escribano.

Me retiré al cuarto antes de que me vieran. Me senté frente al borrador y estuve un momento mirando las cuatro páginas que había redactado con todos los formulismos del caso y pensé en lo que acababa de escuchar. Dos hombres inteligentes negociando un acuerdo que ambos sabían imperfecto, por razones que ambos entendían claramente, con la conciencia compartida de que el papel que iban a firmar era mejor que nada aunque no fuera suficiente.

Tomé la pluma y añadí al borrador una cláusula que nadie me había pedido pero que me pareció honesta incluir: que los términos del presente acuerdo se entendían como punto de partida para la resolución del conflicto y no como resolución definitiva del mismo. Era una cláusula que en la práctica no cambiaba nada pero que al menos no pretendía que el documento era lo que no era.

A la mañana siguiente, durante la revisión previa a la firma, Escalante llegó al párrafo y lo leyó dos veces.

—¿Quién puso esto? —dijo.

—Yo —dije.

—No estaba en el borrador original.

—Lo añadí anoche —dije—. Me pareció más preciso.

Escalante me miró con esa expresión suya que usaba cuando alguien hacía algo que no había pedido y que no podía decidir si era una insolencia o una mejora.

—¿Pat lo leyó? —dijo.

—Sí —dijo Pat, desde el otro lado de la mesa, con algo que podría haber sido una sonrisa si las circunstancias hubieran sido otras—. Me pareció lo más honesto del documento.

Escalante los miró a los dos. Luego volvió a leer la cláusula.

—Déjela —dijo finalmente.

Firmaron a las once de la mañana con la solemnidad que los momentos históricos exigen. Escalante habló sobre la nueva era de concordia entre los hijos de Yucatán. Pat escuchó con la expresión del hombre que no quiere interrumpir pero que tampoco está de acuerdo con nada de lo que está escuchando. Yo redacté el acta de la ceremonia con mi mejor letra y sin añadir ningún comentario que no me hubieran pedido, que era la lección que había aprendido de la cláusula de la mañana.

Lo que no dije en el acta, y que anoté en mi cuaderno esa noche, era lo siguiente: que tres días antes de la firma, el gobernador Barbachano había firmado la autorización para una nueva campaña militar en el oriente con el objetivo de recuperar Valladolid. Ambos documentos llevaban mi letra. Cobré por los dos.

El tratado duró menos de lo que tardé en llegar a Mérida de regreso. Cecilio Chi, como Pat había advertido, no reconoció los términos. Otros líderes mayas tampoco. Y el gobierno yucateco, cuya campaña militar ya estaba en marcha antes de que la tinta de las firmas estuviera seca, no tuvo ningún incentivo para cumplir lo que había prometido una vez que quedó claro que la otra parte no podía garantizar el cese al fuego.

Guardé el tratado en mi archivo con una nota: duró tres semanas.

Los años que siguieron confirmaron lo que Pat había dicho en el corredor esa noche: que la guerra no dependía de lo que él firmara sino de lo que Chi decidiera. Y Chi decidió continuar.

La figura de Cecilio Chi en esos años era la del hombre al que sus propios aliados temían tanto como sus enemigos, que es la condición del líder radical en cualquier movimiento: útil en el momento del estallido, incómodo en el momento de la negociación, imposible de controlar en cualquier momento. Lo conocí una sola vez, brevemente, en una situación que no puedo describir con más detalle del que ya he dado sin comprometer a personas que todavía viven. Lo que puedo decir es que era un hombre que no tenía interés en los documentos porque entendía, con una claridad que yo mismo tardé años en alcanzar, que los documentos son el instrumento de los que tienen algo que negociar y que él no tenía nada que negociar porque lo que quería recuperar no estaba disponible para la negociación.

—¿Usted cree en los tratados, don Matías? —me preguntó esa única vez que hablamos.

Era una pregunta directa, sin el rodeo diplomático de Pat ni la elocuencia calculada de Escalante. La pregunta de un hombre que quiere saber exactamente lo que piensa el que tiene enfrente.

—Creo en los tratados que ambas partes tienen interés en cumplir —dije—. Los otros son documentos con firma.

Chi me miró un momento.

—¿Y el que firmó Pat?

—Documentos con firma —dije.

Asintió. No dijo nada más. No era un hombre de conversaciones largas cuando las cortas alcanzaban.

Murió en 1848, ese mismo año, asesinado por uno de los suyos en circunstancias que los informes oficiales describieron como un ajuste de cuentas interno y que probablemente fueron exactamente eso. Las revoluciones tienen esa costumbre: producen hombres que son necesarios en el momento del fuego y peligrosos en el momento después del fuego, y el momento después del fuego siempre llega.

Pat sobrevivió más tiempo pero no mucho más. Murió en 1849, también a manos de alguien de su propio movimiento, en una de esas espirales de violencia interna que los movimientos armados generan cuando la causa original empieza a competir con las ambiciones personales de quienes la encabezan.

Guardé las actas de ambas muertes en el mismo fólder que el tratado. Era el fólder más triste de mi archivo, no por sentimentalismo sino por lo que documentaba: que el conflicto que había producido a esos dos hombres los había consumido antes de que pudieran ver su resolución, y que ninguno de los dos había logrado lo que buscaba, aunque por razones completamente distintas.

En los años que siguieron, la guerra continuó sin ellos. Otros líderes ocuparon el espacio que dejaron. El movimiento mutó, se reorganizó, encontró en Chan Santa Cruz la estructura que le faltaba y en la Cruz Parlante la cohesión que Pat y Chi nunca habían podido darle de manera permanente.

El conflicto que había empezado como una rebelión se convirtió en algo más difícil de nombrar: no exactamente una guerra, no exactamente una paz, sino esa zona intermedia donde la violencia se vuelve cotidiana y la cotidianidad se vuelve una forma de resistencia. Una zona que los documentos oficiales llamaban pacificación en curso y que yo llamaba, en mi cuaderno, lo de siempre pero con distintos nombres.

Seguí redactando documentos para ambos lados con la misma neutralidad de siempre. Las tarifas no cambiaron. El archivo creció. Y la cláusula que había añadido al tratado de Pat sin que nadie me la pidiera —que los

términos se entendían como punto de partida y no como resolución definitiva— resultó ser la descripción más precisa de todo lo que vino después.

A veces la honestidad en un documento no sirve para nada práctico. Pero sirve para poder mirarse al espejo sin que el espejo tenga la misma cara que los documentos oficiales.

Eso también vale algo. No mucho. Pero algo.

CAPÍTULO 10

Cuarenta años de guerra que nadie recuerda

Yucatán y Belice, 1860–1895.

El Capitán Ignacio Robles llegó a Mérida en enero de 1863 con una carta de presentación del Ministerio de Guerra de la Ciudad de México, tres baúles de ropa, y la convicción del hombre que ha leído todos los informes disponibles sobre una situación y cree que eso equivale a entenderla. Era un hombre de treinta y cinco años, bien parecido, con el uniforme que todavía le quedaba con la precisión de quien no ha pasado suficiente tiempo en el campo como para que el campo le haya hecho ajustes.

Me lo presentaron en casa del jefe político del partido, donde yo había ido a recoger unos documentos y donde él había llegado a presentar sus credenciales. El jefe político, un hombre llamado Fuentes que llevaba doce años administrando esa región con la resignación del funcionario que sabe que su trabajo consiste principalmente en sobrevivir a los cambios de gobierno sin perder el puesto, me los presentó con el tono de quien introduce a dos personas que van a necesitarse mutuamente aunque todavía no lo saben.

—Don Matías Carrillo, el mejor escribano de la región —dijo Fuentes—. Capitán Robles, enviado del Ministerio de Guerra para coordinar las operaciones de pacificación.

—Pacificación —repetí.

—Así la llaman en México —dijo Fuentes, con la expresión de quien hace una distinción importante.

El Capitán Robles me extendió la mano con la cordialidad del recién llegado que todavía cree que la cordialidad abre puertas.

—Don Matías —dijo—, entiendo que usted conoce bien la situación en la región.

—Conozco los documentos que describen la situación —dije—. Que no es exactamente lo mismo, pero es lo más que puedo ofrecer.

Robles sonrió con la sonrisa del hombre que interpreta la modestia ajena como confirmación de su propia suficiencia.

—He revisado los informes de los últimos años —dijo—. La situación parece manejable. Los rebeldes están fragmentados, su capacidad militar es limitada, y con una campaña bien coordinada debería ser posible resolver el asunto en cuestión de meses.

Fuentes y yo nos miramos brevemente. Era una mirada que no necesitaba palabras porque llevábamos años intercambiando variaciones de la misma.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Yucatán, capitán? —pregunté.

—Llegué ayer —dijo.

—Ah —dije.

—¿Hay algo en los informes que crea que está incompleto? —preguntó Robles, con la perspicacia del hombre que detecta que su interlocutor sabe algo que él no sabe pero que todavía no entiende la magnitud de la diferencia.

—Los informes están completos —dije—. El problema es que describen una situación que lleva quince años siendo descrita como manejable, y que en ese tiempo no se ha manejado.

—¿Por qué?

—Porque la selva del oriente tiene sus propias reglas —dijo Fuentes, que consideró que era el momento de intervenir—, y los hombres que la conocen llevan quince años peleando en ella mientras los que no la conocen llevan quince años enviando informes desde Mérida diciendo que está pacificada.

Robles nos miró a los dos.

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí? —dijo.

—Yo, veintidós años —dijo Fuentes.

—Yo, toda mi vida —dije.

Robles asintió con el asentimiento del hombre que procesa información nueva y la integra con la información previa sin que ninguna de las dos cambie sustancialmente su conclusión original.

—Bien —dijo—. Entonces los dos pueden ser de gran utilidad en la planificación de la campaña.

Fuentes y yo nos miramos de nuevo.

A Marcos Canul yo no lo conocí en persona, pero lo conocí a través de los documentos que dejó, que es la manera en que los escribanos conocemos a la mayoría de las personas importantes. Era el tipo de hombre cuya presencia en los archivos es inversamente proporcional a su presencia en los libros de historia: aparece en los informes militares, en las actas de las reuniones de emergencia, en los reportes de daños de las haciendas que atacó y de los pueblos que tomó temporalmente durante los años sesenta y setenta. No en los libros de texto, donde la guerra de castas se menciona en un párrafo si se menciona.

Lo que los documentos contaban de Canul era lo siguiente: que era un líder maya del oriente que había continuado la resistencia cuando otros la habían abandonado o habían muerto, que sus ataques eran precisos y sus retiradas rápidas, que conocía la selva con la familiaridad de quien nació en ella y que esa familiaridad le daba una ventaja sobre cualquier fuerza militar enviada desde Mérida o desde la Ciudad de México que no tenía manera de compensarse con número de soldados ni con calidad de armamento.

El Capitán Robles salió a su primera campaña en marzo de 1863 y regresó en junio con la cara cambiada y tres baúles que ya no le quedaban con la misma precisión que al llegar.

Lo encontré en casa de Fuentes la tarde de su regreso. Se sentó a la mesa con el movimiento del hombre al que le pesan las rodillas de maneras que antes no le pesaban y pidió agua antes que nada.

—¿Cómo le fue? —le pregunté, porque alguien tenía que preguntarlo.

—La selva —dijo— no es como los informes.

—No —dije.

—Los informes dicen que los rebeldes tienen posiciones fijas. Que se pueden localizar, cercar, neutralizar. —Bebió el agua—. Los rebeldes no tienen posiciones fijas. Tienen la selva entera.

—Eso también está en algunos informes —dijo Fuentes—. En los que nadie lee porque contradicen las conclusiones que el Ministerio de Guerra quiere escuchar.

Robles lo miró.

—¿Por qué no me lo dijeron antes de que saliera?

—Se lo dijimos —dije—. Usted llevaba un día en Yucatán y había leído todos los informes.

Hubo un silencio.

—¿Qué recomienda usted, don Matías? —dijo Robles finalmente, con el tono del hombre que ha decidido que la modestia, después de todo, puede ser una herramienta útil.

—Yo redacto documentos —dije—. No soy estratega militar.

—Pero lleva toda su vida aquí y ha visto todo.

—He visto todo —confirmé—. Lo que he visto es que esta guerra no se resuelve con campañas militares porque no es una guerra que se pueda ganar militarmente. Se puede contener. Se puede desgastar. Pero mientras las causas que la produjeron sigan sin resolverse, la selva va a seguir teniendo hombres que prefieran pelear a rendirse.

Robles me miró durante un momento largo.

—Eso no se puede poner en un informe para el Ministerio —dijo.

—Lo sé —dije—. Por eso no soy militar.

Escribí muchos informes para el Capitán Robles en los meses siguientes. Informes que describían la situación con la terminología que el Ministerio de Guerra requería: avances, perímetros asegurados, reducción de la capacidad ofensiva rebelde, progreso en la pacificación. Eran documentos técnicamente correctos en el sentido de que no contenían mentiras verificables. Eran documentos profundamente incorrectos en el sentido de que la imagen que transmitían no se parecía a la realidad que yo veía cada vez que salía de la oficina.

Guardé los borradores en mi archivo con una nota que escribí una sola vez y que apliqué a todos los del período: preciso en los detalles, inexacto en el conjunto.

El momento más extraordinario de esos años, el que todavía me produce una mezcla de asombro y de algo que no es exactamente admiración pero se le parece, ocurrió en septiembre de 1872, cuando Marcos Canul atacó la guarnición británica de Corozal, en Belice.

Me enteré por una carta de Abigail Hawthorne, que me escribía ocasionalmente desde Belice con la puntualidad irregular de los corresponsales que tienen muchas cosas que hacer y escriben cuando el asunto lo justifica.

La carta decía, con la economía de palabras que la caracterizaba: Don Matías. Canul atacó Corozal el mes pasado. Mis clientes habituales del oriente atacaron a mis clientes habituales del norte. Esto complica la logística aunque no la filosofía. Los británicos heridos están recuperándose. Canul murió en el ataque. El negocio continúa. Saludos, A.H.

Leí la carta tres veces.

Canul había atacado a los británicos. Los mismos británicos que durante años habían provisto a los rebeldes mayas de rifles y pólvora desde Belice. Los mismos comerciantes cuya cooperación había sido, en buena medida, lo que había permitido que la resistencia se sostuviera durante décadas. Canul los había atacado de todas formas, por razones que los informes posteriores describían como una disputa territorial sobre el corte de maderas en la zona fronteriza, pero que yo imaginaba que tenían más capas que esas.

Le respondí a Abigail esa misma tarde: Señora Hawthorne. Recibí su carta. Lo de Canul me parece lo más coherente que ha hecho alguien en esta guerra en mucho tiempo. Atacar a quien te vende las armas es, al menos, una posición sin contradicciones. Espero que la logística se normalice pronto. Saludos, M.C.

Nunca le pregunté si había llegado a entender por qué Canul hizo lo que hizo. Algunas preguntas tienen respuestas que los documentos no pueden contener.

El Capitán Robles fue sustituido por el Capitán Mendívil en 1865, que fue sustituido por el Mayor Trujillo en 1868, que fue sustituido por el Teniente

Coronel Palma en 1872, que fue sustituido por otros cuyo nombre ya no recuerdo con precisión. Cada uno llegaba con sus informes leídos y su convicción de que la campaña anterior había fallado por razones que la suya iba a corregir. Cada uno salía con la cara cambiada y los baúles que ya no le quedaban igual.

Redacté informes para todos ellos. Las tarifas no cambiaron. El archivo creció. Los informes oficiales describían la situación como pacificada en 1855, normalizada en 1863, estabilizada en 1878, y en proceso de resolución definitiva en 1890.

La guerra llevaba entonces cuarenta y tres años.

Una tarde de 1890, mientras archivaba el último de esos informes, el oficial que me lo había dictado —un hombre joven cuyo nombre no viene al caso— me preguntó, con la curiosidad genuina de quien todavía no ha aprendido que ciertas preguntas no se hacen en ciertos lugares:

—Don Matías, ¿cuánto tiempo lleva usted redactando informes sobre esta guerra?

—Desde 1847 —dije.

El hombre me miró.

—¿Cuarenta y tres años?

—Cuarenta y tres —confirmé.

—¿Y cuándo cree que termine?

Guardé el informe en su carpeta, cerré el archivero, y lo miré.

—Cuando alguien decida resolver las causas en lugar de describir los efectos —dije—. O cuando ya no quede nadie que pelee. Lo que ocurra primero.

El hombre asintió con la expresión de quien recibe una respuesta que no esperaba y no sabe exactamente qué hacer con ella.

Me despedí y salí a la calle. Mérida estaba construyendo su Paseo de Montejo. Los henequeneros tenían dinero y querían que se notara. La modernidad llegaba a la península con la puntualidad de los trenes que los mismos henequeneros habían pagado para construir, y en el oriente, a cuatro días de camino, la guerra seguía siendo la guerra.

Anoté eso en mi cuaderno esa noche con la letra pequeña que usaba para las observaciones que no eran para nadie más que para mí: Cuarenta y tres años. La guerra que nadie recuerda porque nadie quiere recordarla. Los informes dicen que está resuelta. El oriente dice otra cosa. Yo guardo copias de los dos.

CAPÍTULO 11

El henequén. Regreso de la civilización con mejores cadenas

Yucatán, 1880–1900.

Conviene explicar qué era el henequén antes de explicar lo que le hizo a Yucatán, porque los documentos que redacté durante esos años no tienen sentido sin ese contexto y yo no tengo paciencia para los documentos que no tienen contexto.

El henequén es una planta de agave que crece en la península yucateca con la abundancia de lo que no necesita que nadie se preocupe por él. Sus pencas producen una fibra que se usa para fabricar cordel, y el cordel se usa para atar las pacas de trigo que se cosechan en los campos de los Estados Unidos, de Canadá, de Argentina, de Australia. En los años ochenta del siglo diecinueve, la mecanización de la agricultura mundial había multiplicado la demanda de ese cordel hasta convertirla en una industria que producía fortunas con la velocidad y la solidez de lo que satisface una necesidad real a escala global.

Las fortunas no se distribuían de manera uniforme. Los propietarios de las haciendas henequeneras de Yucatán se hicieron ricos con una rapidez que sus padres, que habían pasado la guerra de castas huyendo en mulas con lo que podían cargar, no habrían podido imaginar. Los trabajadores mayas que cortaban las pencas, raspaban la fibra y cargaban los fardos se hicieron, en el mejor de los casos, menos pobres que antes. En el peor, que era el más frecuente, se hicieron más pobres con mejores papeles.

Los mejores papeles me los encargó Don Augusto del Valle.

Era el hijo mayor de Don Leandro del Valle, cuya hacienda San Basilio había ardido en octubre de 1847 en circunstancias que ambos fingimos no recordar con demasiado detalle, y tenía entonces unos treinta y cinco años y una diferencia fundamental con su padre que tardé media hora en identificar con precisión: mientras Don Leandro había creído genuinamente en lo que decía, Don Augusto sabía perfectamente que no creía en nada de lo que iba a decirme y eso no le generaba la menor incomodidad.

—Don Matías —dijo, instalándose en la silla frente a mi escritorio con la naturalidad del que ocupa los espacios como si ya le pertenecieran—, necesito contratos de trabajo. Para la nueva hacienda henequenera. Cien familias para empezar.

—¿Qué términos quiere incluir? —pregunté.

—Los estándar —dijo—. Jornal diario, descuento por adelantos de la tienda, cláusula de permanencia durante la temporada de corte, penalización por abandono anticipado.

Escribí. Era el contrato que conocía de memoria porque lo había redactado, con variaciones mínimas, durante cuarenta años. El jornal era nominalmente más alto que en 1845. En términos reales, considerando los precios de la tienda de raya y la velocidad a la que se acumulaban los adelantos, el resultado aritmético era aproximadamente el mismo.

—¿Quiere que incluya la cláusula de transmisión de deuda? —pregunté—. La que establece que en caso de fallecimiento del trabajador la deuda pasa a sus herederos. Era estándar en los contratos de su padre.

Don Augusto frunció el ceño levemente.

—Eso suena un poco antiguo —dijo.

—Es perfectamente legal —dije.

—No digo que no lo sea. Digo que suena antiguo. Estamos en la era del progreso, de la modernización. Necesitamos contratos que reflejen eso.

—¿Qué cambio le gustaría hacer? —dije.

—Quite la transmisión de deuda —dijo—. Y añada una cláusula que diga que el trabajador acepta libremente los términos del contrato.

—¿Libremente? —repetí.

—Libremente —confirmó—. Es importante que quede claro que es un acuerdo voluntario entre partes iguales. Eso es lo que distingue el sistema moderno del sistema antiguo.

Escribí la palabra. Libremente. Con la misma tinta con que había escrito todo lo demás durante cuarenta años. La letra era la misma. El papel era el mismo. El resultado aritmético del contrato era el mismo.

—¿Algo más? —dije.

—Sí —dijo Don Augusto—. Quite las referencias a deuda hereditaria en el lenguaje general. Reemplácelas por compromiso contractual de largo plazo. Suena mejor.

—¿Mejor para quién?

Me miró con la sorpresa del hombre al que nadie ha hecho esa pregunta antes.

—Para todos —dijo—. Para el trabajador, que firma un documento que no lo hace sentir encadenado. Para el propietario, que tiene un contrato que refleja los valores modernos. Para la imagen de la industria henequenera, que está atrayendo inversión internacional y necesita presentarse como un sector progresista.

—Entendido —dije, y seguí escribiendo.

Compromisos contractuales de largo plazo. Acuerdo voluntario entre partes iguales. El trabajador reconoce libremente las siguientes obligaciones. La misma aritmética. El mismo resultado. Un vocabulario completamente distinto.

Al terminar, Don Augusto revisó el documento con su propio lápiz haciendo anotaciones al margen.

—Aquí, donde dice penalización por abandono anticipado —dijo—, ¿podría cambiar penalización por ajuste de liquidación? Es más preciso.

—Como guste —dije.

—Y aquí, descuento obligatorio por adelantos, cámbielo por amortización programada de compromisos previos.

Lo cambié.

—¿Algo más?

—No —dijo—. Así está bien. Es un contrato moderno. Mi padre habría estado orgulloso.

No respondí a eso. Cobré mis honorarios. Esa tarde anoté en mi cuaderno: El contrato de 1882 dice libremente donde el de 1845 no decía nada. El resultado es el mismo. La palabra libremente es la mejora más cara que he redactado en cuarenta años de oficio.

Esteban Soberanis hijo tenía veinticuatro años cuando llegó a la redacción de El Constitucional en 1885, el mismo periódico donde su padre había trabajado cuarenta años antes y donde había tenido la conversación célebre sobre los matices que necesita una deuda hereditaria. Don Porfirio Zavala llevaba veinte años muerto. El periódico pertenecía ahora a la familia Molina, los mismos que yo había visto comprando haciendas a precio de pánico en 1847 y que eran ahora los principales henequeneros de la península.

Me lo presentó un conocido común en el café que frecuentaba cuando estaba en Mérida. Era un muchacho delgado con la cara de su padre y los ojos de alguien que todavía no ha aprendido dónde están los límites de las preguntas que conviene hacer en ciertos lugares.

—Don Matías —me dijo—, mi padre me habló mucho de usted.

—¿Qué le dijo?

—Que era el único hombre completamente honesto que conoció en toda la guerra, y que esa honestidad le había costado tan poco como a los deshonestos la deshonestidad, lo cual le parecía una injusticia del universo.

Me reí. Era una descripción justa.

—¿Usted también es periodista? —pregunté.

—Quiero serlo. Empiezo la semana que viene en El Constitucional.

—¿Sabe quién es el dueño ahora?

—La familia Molina —dijo, con la expresión del hombre que empieza a entender a dónde va la conversación pero espera un destino distinto.

—¿Y sabe a qué se dedica la familia Molina?

—Henequén.

—¿Y sobre qué quiere escribir usted?

—Sobre las condiciones de trabajo en las haciendas henequeneras —dijo—. Sobre los contratos, sobre los jornales, sobre la tienda de raya. Mi padre tenía cuadernos llenos de lo que no pudo publicar. Quiero publicarlo.

Lo miré con la mezcla de afecto y lástima que uno siente por los hombres que llegan a las mismas batallas que sus padres esperando resultados distintos.

—¿Le cuento algo sobre esos contratos? —dije.

—Por favor.

—Los redacto yo. Desde hace cuarenta años. Han cambiado el vocabulario pero no la aritmética. Ahora dicen libremente donde antes no decían nada, y compromiso contractual de largo plazo donde antes decían deuda hereditaria. El resultado para el trabajador es aproximadamente el mismo.

Soberanis hijo me miró.

—¿Y usted los sigue redactando?

—Me los siguen encargando —dije.

—¿No le parece que eso lo convierte en parte del problema?

Era la pregunta que nadie me había hecho directamente en cuarenta años, aunque yo me la había hecho a mí mismo con regularidad suficiente para tener una respuesta preparada.

—Me parece —dije— que si yo no los redacto los redacta otro con menos cuidado y el resultado para el trabajador es peor. Es un argumento que me convence a medias, que es exactamente la proporción en que lo necesito para seguir durmiendo.

Soberanis hijo me miró durante un momento largo.

—Mi padre decía algo parecido —dijo finalmente.

—¿Y qué piensa usted de lo que decía su padre?

—Que tenía razón —dijo—. Y que eso no lo hacía menos triste.

Pedí otro café. Él también pidió uno. Nos quedamos un momento en silencio con la comodidad de dos personas que acaban de llegar al mismo lugar por caminos distintos.

—¿Va a publicar lo que quiere publicar? —pregunté.

—Voy a intentarlo.

—¿Sabe cuánto va a poder publicar antes de que el editor le diga que ajuste las conclusiones?

—No. ¿Usted cuánto cree?

—Su padre publicó aproximadamente la mitad de lo que escribió —dije—. Usted probablemente publique menos, porque los dueños del periódico tienen ahora más que perder. Pero guarde todo lo que no pueda publicar. Los cuadernos de su padre resultaron ser lo más valioso que escribió.

Soberanis hijo se levantó y me dio la mano con la firmeza del hombre que ha tomado una decisión.

—Gracias, don Matías —dijo.

—No me dé las gracias todavía —dije—. Espere a ver cómo le va.

Publicó seis artículos antes de que el editor lo llamara a su oficina. La conversación, según me contaron, fue casi palabra por palabra la misma que su padre había tenido cuarenta años antes en esa misma redacción con Don Porfirio Zavala. Soberanis hijo escuchó la conversación completa, se levantó, y renunció.

Le mandé una nota breve: Sus cuadernos. No los pierda.

Respondió dos días después con una sola línea: No los voy a perder. Son lo único que vale.

Tenía razón. Pero eso pertenece a otro tipo de archivo, no al mío.

En los años que siguieron, mientras el Paseo de Montejo crecía con la solidez de lo que se construye sobre cimientos que nadie quiere examinar demasiado de cerca, yo seguí redactando contratos con la palabra libremente. Una tarde de 1895, mientras archivaba un lote nuevo, el pasante que me ayudaba ese mes, un muchacho recién llegado de la Ciudad de México, levantó la vista de los papeles.

—Don Matías —dijo—, ¿qué significa amortización programada de compromisos previos?

—Que el trabajador tiene una deuda con la tienda y que una parte de su jornal se descuenta cada semana para pagarla —dije.

—¿Y cuándo termina de pagarla?

—Depende de la relación entre el jornal y los precios de la tienda —dije—. Si los precios suben más rápido que el jornal, la deuda crece aunque el trabajador esté pagando.

—¿Y el contrato lo permite?

—El contrato dice amortización programada —dije—. No dice nada sobre la dirección en que se mueve la deuda.

El muchacho miró la pila de contratos.

—Don Matías —dijo—, ¿eso no es...?

—Archívelos por orden cronológico —dije—. Los más recientes adelante.

El muchacho archivó sin terminar la pregunta. Era la misma lección que yo había aprendido cincuenta años antes: que los límites no se anuncian, simplemente están ahí, y uno aprende a reconocerlos o aprende por las malas que existen.

Algunos documentos mienten por acción. Otros mienten por omisión. Los mejores mienten por vocabulario: dicen exactamente lo que ocurre con palabras que hacen que suene a otra cosa. Esos son los más difíciles de refutar y los más duraderos.

Los redacté durante cincuenta años. Tengo copias de todos. Y la palabra libremente aparece en cada uno de ellos con la misma letra, la misma tinta, y el mismo peso específico de las palabras que significan exactamente lo contrario de lo que dicen.

CAPÍTULO 12

La toma de Chan Santa Cruz, o el final que no fue un final

Chan Santa Cruz, mayo de 1901.

El General Ignacio Bravo entró a Chan Santa Cruz el 4 de mayo de 1901 a las diez de la mañana con mil doscientos hombres, artillería, y la certeza del hombre al que le han prometido que lo que va a encontrar es una ciudad rebelde en sus últimas. Lo que encontró fue una ciudad casi vacía.

Llegué dos días después, en la segunda columna, con mi maletín y mis plumas y los setenta y cuatro años que me pesaban en las rodillas desde hacía una década pero que no me habían impedido seguir en el oficio porque el oficio, a esa altura, era lo único que sabía hacer con suficiente calidad como para que valiera la pena seguir haciéndolo.

El General Bravo me recibió esa tarde en lo que había sido el cuartel de la guardia de Chan Santa Cruz, un edificio de mampostería sólida que los constructores mayas habían levantado con la misma eficiencia con que construían todo en esa ciudad que se suponía que no existía y que llevaba cincuenta años existiendo de todas formas.

—Don Matías —dijo el general, que me conocía de otras campañas y me trataba con el respeto pragmático que los militares desarrollan hacia los civiles que les resultan útiles—, necesito el acta de incorporación. Completa. Con todos los formulismos.

—¿Para cuándo? —pregunté.

—Para mañana —dijo—. El Presidente Díaz quiere el documento en la Ciudad de México antes de que termine la semana.

—Lo tendrá —dije.

—¿Necesita algo?

—Una vela —dije—, y que nadie me interrumpa hasta mañana al mediodía.

Me instalé en una habitación del cuartel con mis materiales y el borrador mental que había estado construyendo durante los dos días de camino desde la costa. Era el tipo de documento que no necesita mucho tiempo de redacción porque su estructura es siempre la misma: encabezado con fecha y autoridades presentes, descripción de los hechos, declaración de las consecuencias jurídicas, firmas. Lo que cambia es el contenido, y el contenido de este en particular era el que había estado esperando redactar, con distintos grados de anticipación, desde 1848.

Antes de sentarme a escribir salí a caminar por la ciudad durante una hora. Era algo que hacía siempre antes de los documentos importantes: ver con mis propios ojos lo que iba a describir, porque los documentos que describen lugares que el escribano no ha visto tienen un tipo de imprecisión que los lectores atentos perciben aunque no puedan identificarla.

Chan Santa Cruz en mayo de 1901 era una ciudad de calles rectas y edificios sólidos que llevaba dos días siendo ocupada por un ejército que sus habitantes habían decidido, con la pragmática inteligencia del que conoce sus posibilidades, no defender en campo abierto. La mayoría se había internado en la selva antes de que llegara Bravo. Los que se habían quedado eran los que no podían moverse o los que habían decidido, por razones que solo ellos conocían, que quedarse era lo correcto.

El templo de la Cruz Parlante estaba en el centro de la plaza principal, un edificio de paredes blancas que el tiempo y la selva habían ido colonizando por los bordes con esa insistencia que tiene la naturaleza tropical cuando los hombres dejan de pelear contra ella. Las puertas estaban abiertas.

Entré.

Adentro, en el banco más cercano al altar donde había estado la Cruz, un anciano maya de unos ochenta años estaba sentado con las manos sobre las rodillas y la mirada fija en el frente. No tenía la expresión de quien está rezando ni la de quien está esperando algo. Tenía la expresión, que reconocí de inmediato porque la había visto antes en otros contextos, del hombre que ha decidido que ese es su lugar y que ningún ejército del mundo tiene autoridad para decirle que no.

Me senté en el banco de atrás. No dije nada. El anciano no se movió.

Estuvimos así varios minutos. Afuera se escuchaban los sonidos de un ejército instalándose en una ciudad que no esperaba visitas: el ruido de las botas sobre el empedrado, las voces de mando, el movimiento de los caballos.

—¿Habla español? —dije finalmente.

El anciano tardó un momento en responder.

—Cuando hay razón —dijo, en un español que tenía el peso de alguien que lo usa por elección y no por necesidad.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunté.

El anciano no respondió de inmediato. Miró el frente donde había estado la Cruz, que los habitantes se habían llevado consigo al internarse en la selva, dejando en su lugar solo la marca en la pared donde había colgado durante cincuenta años.

—Lo mismo que antes —dijo finalmente.

—¿Y qué es lo mismo que antes?

—Vivir aquí —dijo—. Esta es mi ciudad.

—El ejército mexicano la ocupa ahora —dije.

—Ocupa el edificio —dijo el anciano—. La ciudad es otra cosa.

No supe qué responder a eso, lo cual era una experiencia inusual para un hombre que llevaba cincuenta y cuatro años respondiendo a todo con documentos. Nos quedamos en silencio otro momento.

—¿Usted es el que escribe los papeles? —dijo el anciano, sin voltear a verme.

—Soy el escribano —dije.

—Vi a los escribanos en Valladolid cuando era joven —dijo—. Siempre llegaban después de que todo había ocurrido, con sus papeles y sus plumas, y lo que había ocurrido quedaba convertido en otra cosa cuando ellos terminaban.

—Ese es el oficio —dije.

—¿Y cómo va a llamar lo que ocurrió aquí? —dijo.

—Incorporación definitiva al territorio nacional —dije—. Conclusión del conflicto. Reintegración de la soberanía mexicana sobre la región.

El anciano asintió muy despacio.

—¿Y lo de los últimos cincuenta y cuatro años? —dijo.

—Los documentos lo llamarán disturbio, levantamiento, rebelión. Según el momento y la autoridad que los haya firmado.

—¿Y usted?

Lo pensé. Era la pregunta que más honestamente me habían hecho en toda mi vida profesional, y me la hacía un hombre de ochenta años sentado en el banco de un templo vacío frente a la marca en la pared donde había estado su Cruz.

—Yo lo llamo la guerra de castas —dije—. Y creo que empezó antes de 1847 y que no terminó hoy.

El anciano me miró por primera vez desde que había entrado. Me miró durante un momento largo con los ojos del hombre que acaba de escuchar algo que no esperaba.

Luego dijo algo en maya que no entendí. Lo dijo despacio, con el peso de las palabras que se eligen con cuidado.

—¿Qué dijo? —pregunté.

Tardó un momento en responder.

—Dije que hay dos tipos de hombres que escriben papeles —dijo—. Los que escriben para que las cosas queden como son. Y los que escriben para que quede memoria de cómo fueron.

—¿Y cuál soy yo?

Me miró otro momento.

—Los dos —dijo—. Eso es lo más triste.

Se levantó con la lentitud de los ochenta años, se acomodó el sombrero, y salió del templo sin mirar atrás. Lo vi cruzar la plaza bajo el sol de la tarde con el paso del hombre que conoce cada piedra del suelo que está pisando y no necesita apurarse porque no tiene a dónde llegar que no sea exactamente ahí.

Volví al cuartel. Me senté frente al papel en blanco. Encendí la vela aunque todavía había luz porque necesitaba el ritual de siempre para empezar.

Escribí la fecha. El encabezado. El nombre del general y las autoridades presentes. La descripción de los hechos con la precisión y la formalidad del caso.

El acta tenía al final seis páginas, que era el doble de lo que esperaba. No porque los hechos fueran complicados sino porque cada vez que terminaba un párrafo me parecía que había dicho la mitad de lo que correspondía decirse, y añadía otro, y ese otro también decía la mitad, y así hasta que la vela llevaba tres horas encendida y el documento tenía seis páginas que describían con impecable corrección formal la plena incorporación del territorio de Chan Santa Cruz a la soberanía del Estado mexicano, la conclusión del conflicto que había mantenido en tensión el oriente de la península desde 1847, y el inicio de una nueva era de paz y progreso para todos los habitantes de la región.

Era el documento más largo que había redactado en cincuenta y cuatro años de oficio.

Era también el más mentiroso, aunque cada palabra fuera técnicamente exacta.

Cobré el doble de mis honorarios habituales. El General Bravo pagó sin negociar, que era la señal de que el documento era lo suficientemente importante para que el precio no importara.

Antes de entregar el original guardé mi copia en el maletín, en el fólder del fondo, junto al acta de rendición que Barbachano me había encargado en 1848 y que llevaba cincuenta y tres años esperando en ese mismo lugar por si acaso.

La guerra había durado cincuenta y cuatro años. El acta de rendición que nunca se usó había esperado cincuenta y tres. Era el documento más paciente de mi archivo, y también, a su manera, el más honesto: había sido redactado con la conciencia de que podía no necesitarse nunca, y esa conciencia le daba una modestia que el acta de incorporación, con sus seis páginas de certezas, no tenía.

La noche antes de salir de Chan Santa Cruz caminé una última vez por la plaza. El templo estaba cerrado ahora, custodiado por dos soldados que parecían incómodos con la tarea, como lo están siempre los hombres a quienes se les pide que cuiden algo que no entienden. La marca en la pared donde había estado la Cruz era visible desde afuera a través de la puerta entreabierta: un rectángulo de pared más oscura que el resto, el fantasma de una presencia que se había marchado a la selva y que, dependiendo de a quién se le preguntara, seguía siendo tan real como antes o había dejado de existir en el momento en que el ejército entró por la calle principal.

Anoté en mi cuaderno, con la letra más pequeña que tenía reservada para las observaciones que no eran para nadie más que para mí: Chan Santa

Cruz, 6 de mayo de 1901. La Cruz se fue. El edificio se queda. El ejército custodia el edificio. Nadie custodia la Cruz.

Guardé el cuaderno. Apagué la vela. Dormí mejor de lo que esperaba.

A la mañana siguiente salí de Chan Santa Cruz con el maletín más lleno que nunca y la certeza, que me acompañaría los años que me quedaban, de que el anciano del banco tenía razón en ambas cosas: que yo era los dos tipos de escribano al mismo tiempo, y que eso era, efectivamente, lo más triste.

Pero también lo más honesto. Y en cincuenta y cuatro años de oficio, la honestidad había resultado ser lo único que nadie me podía quitar, aunque tampoco nadie me lo hubiera pedido nunca.

EPÍLOGO

El papel lo aguanta todo, y lo que no, lo aguanta la tierra

Mérida, enero de 1902.

Llevo tres semanas ordenando el archivo y todavía no termino, lo cual me parece una metáfora aceptable de mi vida entera aunque no tengo intención de decírselo a nadie porque a los ochenta y cuatro años las metáforas sobre la propia vida empiezan a sonar a discurso fúnebre y yo no estoy muerto todavía.

El archivo ocupa cuatro cajones de un mueble de cedro que mandé hacer en 1871 cuando el archivo anterior, un sistema de cajas de cartón que había funcionado durante veinticuatro años, llegó al límite de su capacidad estructural y empezó a derrumbarse con la dignidad justa que se merece cualquier sistema que ha funcionado bien durante más tiempo del que nadie esperaba. El mueble de cedro tiene gavetas con etiquetas escritas con mi letra de los cincuenta años, que era mejor que la de ahora pero peor que la de los treinta, y contiene, organizados con la lógica que desarrollé a lo largo de décadas y que probablemente solo yo entiendo completamente, cincuenta y cinco años de documentos.

Encima del mueble, porque no caben adentro y porque tampoco he decidido todavía dónde van a quedar, hay tres pilas de carpetas que representen los últimos años. La más alta es la de los contratos henequeneros, que crecieron en número y en uniformidad durante los años noventa hasta el punto en que redactarlos se volvió un ejercicio de caligrafía más que de escritura: siempre los mismos términos, siempre la misma palabra libremente en el mismo párrafo, siempre la misma aritmética debajo del vocabulario moderno.

La segunda pila es la de los informes militares del período final de la guerra, los que describen la campaña del General Bravo con el tono triunfal que los informes militares adoptan cuando finalmente hay algo que describir como victoria. Los guardé con la misma neutralidad con que

guardé todos los anteriores, aunque con la nota personal que ya era costumbre: preciso en los detalles, inexacto en el conjunto.

La tercera pila, la más pequeña, es la de los documentos personales. Los cuadernos. Las notas marginales. Las observaciones que nunca formaron parte de ningún encargo oficial y que sin embargo son, revisándolos ahora con la distancia de los años, los documentos más precisos de todo el archivo. No porque sean objetivos, que no lo son, sino porque son los únicos que no tenían que serlo.

Encima de las tres pilas, donde lo puse la primera noche que empecé a ordenar y donde ha permanecido desde entonces como si supiera que ese es su lugar, está el acta de rendición.

Cuatro páginas. Todos los formulismos. Los espacios para negociar que Barbachano había pedido en enero de 1848 porque quería opciones y porque los hombres inteligentes siempre quieren opciones aunque la situación parezca no dejarles ninguna. La redacté en una hora y media en su despacho con las tazas de café vacías sobre el escritorio y la sensación de estar escribiendo el documento más extraño de mi vida, que era la sensación correcta porque era efectivamente el documento más extraño de mi vida.

Cincuenta y cuatro años en el archivo. Nunca se usó.

La guerra que iba a necesitarla duró cincuenta y cuatro años más y terminó no con una rendición sino con una ocupación, que es una manera distinta de terminar aunque los documentos que produce tengan un aspecto similar. Barbachano murió en 1859 sin haber necesitado nunca el acta. Yo la guardé por él y luego la seguí guardando por inercia y luego por principio y luego porque a ciertas alturas del archivo uno ya no sabe exactamente por qué guarda lo que guarda pero sabe que hay razones aunque no las pueda articular con la precisión que el oficio normalmente exige.

Esta mañana la saqué del fondo de la tercera pila y la leí completa por primera vez en décadas. La letra es la mía de los cincuenta y tres años, firme, inclinada hacia la derecha con la consistencia que desarrollé en la juventud y que se ha ido aflojando con los años hasta volverse la letra de ahora, que es reconocible como la misma pero más generosa en los trazos, como si la mano hubiera aprendido que el papel es más grande de lo que parecía.

Los términos del acta son los que correspondían al momento: garantías para la población civil, condiciones del repliegue militar, reconocimiento de autoridad de las fuerzas rebeldes sobre el territorio que controlaban. Son términos razonables. Son los términos que cualquier negociador sensato habría propuesto si la guerra hubiera terminado en 1848 en lugar de continuar cincuenta y cuatro años más.

Me pregunto, no por primera vez pero sí con más calma que antes, qué habría pasado si Barbachano la hubiera usado. Si en lugar del Te Deum y la acción de gracias a Dios por la misericordia que había dispersado al ejército

rebelde hacia sus milpas, hubiera mandado un emisario al oriente con estas cuatro páginas. Si los términos que están escritos aquí con mi mejor letra de los cincuenta y tres años habrían sido suficientes para lo que ningún ejército pudo resolver en medio siglo de guerra.

No lo sé. Los documentos que no se usaron no tienen historia, que es su condición más interesante y más frustrante. Son posibilidades puras, sin la contaminación de lo que realmente ocurrió.

Lo que sí sé es lo que pasó después de 1848. Cincuenta y cuatro años de guerra que los informes oficiales describieron como pacificación en curso. Cien mil muertos, según los cálculos más conservadores que encontré en los documentos que pude consultar, aunque los documentos oficiales nunca usaron esa cifra porque los documentos oficiales tienen una relación selectiva con las cifras que resultan incómodas. El estado maya de Chan Santa Cruz funcionando durante medio siglo en el oriente mientras los mapas oficiales fingían que no existía. Y al final, una ocupación militar que los documentos llamaron incorporación definitiva y que produjo, en los terrenos recién incorporados, los mismos contratos con la palabra libremente que yo llevaba veinte años redactando para las haciendas henequeneras del norte.

La semana pasada pasé por los terrenos al sur de la ciudad donde están construyendo las nuevas haciendas en lo que fue territorio de Chan Santa Cruz. Vi a los hombres que trabajan en la construcción: mayas, en su mayoría jóvenes, con la cara de los que llegaron de los pueblos del oriente buscando trabajo después de que el ejército ocupó la región y la economía que habían tenido durante cincuenta años dejó de existir de golpe.

Me detuve y pregunté a uno de ellos, un muchacho de unos veinte años que cargaba piedras con la eficiencia del que ya encontró el ritmo del trabajo y no quiere perderlo, si sabía para quién era la hacienda que estaban construyendo.

—Para los señores Escalante —dijo, sin dejar de cargar.

—¿Escalante? —repetí.

—Los hijos del licenciado, creo —dijo—. No los conozco.

Seguí mi camino. Los hijos del Licenciado Prudencio Escalante construyendo haciendas en los terrenos de Chan Santa Cruz con trabajadores mayas que llegaron del oriente después de la guerra. Era el tipo de continuidad que la historia produce con una regularidad que debería dejar de sorprenderme y que sin embargo, a los ochenta y cuatro años, todavía me produce algo que no es exactamente sorpresa pero tampoco es otra cosa.

Esta tarde, cuando termine de ordenar el archivo, voy a hacer dos cosas.

La primera es escribir en la carpeta del acta de rendición, con la letra de ahora que es más generosa en los trazos, una nota que diga: redactada en

enero de 1848 por encargo del gobernador Barbachano. Nunca usada. Guardada cincuenta y cuatro años. Lo que habría podido ser y no fue.

La segunda es ponerla de vuelta encima de las tres pilas, donde ha estado esta semana, porque me parece el lugar correcto para un documento que pasó medio siglo esperando ser necesario y que al final resultó ser el más honesto de todo el archivo: el único que fue redactado con la conciencia explícita de que podía no usarse nunca, y que guardó esa modestia durante cincuenta y cuatro años sin quejarse.

Afuera, en la calle, se escuchan los carros que van hacia el Paseo de Montejo con la puntualidad del progreso que ha llegado por fin a la península con sus trenes y sus palacios y sus contratos modernos con la palabra libremente en el párrafo correcto. Adentro, el archivo huele a papel viejo y a cedro y a las décadas que tienen ese olor particular que ningún documento oficial menciona pero que cualquier escribano reconoce como el olor del tiempo que ya ocurrió y que ya no puede cambiar aunque alguien encuentre la manera de describirlo de otra manera.

Mañana vendrá alguien a encargarme algo. No sé qué. A los ochenta y cuatro años uno deja de predecir los encargos y empieza a recibirlos con la gratitud del que sabe que mientras haya encargos hay razón para seguir.

Lo escribiré con la misma tinta de siempre. Con la letra de ahora, que es la que tengo.

Yo no hice la guerra de castas.

Yo solo escribí los papeles.